

# CRISTIANIDAD



# 71

## RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

1 MARZO

1 9 4 7

Como todos los años, dedicamos este número a conmemorar la festividad de Santo Tomás de Aquino. Creemos, por

otra parte, que la formidable síntesis filosófica del Doctor Angélico tiene algo que ver con el hecho de que nuestros tiempos estén necesitados de un radical remedio. Y decimos radical porque radical ha de ser la curación que nos salve.

Quizá el hombre de la época presente anhela tanto la salvación porque la ve tan lejos. Sin embargo a grandes males grandes remedios. Es posible que el antídoto no esté tan lejos como se piensa. Pero en todo caso hay que ir al fondo a cortar el mal de raíz. Lo demás es perder lastimosamente el tiempo, refugiándose en estas o en aquellas ideas que por desgracia acostumbran a ser brillantes, ya que no profundas.

Es a aquellos principios, que Santo Tomás como nadie supo desenvolver, a los que hay que retornar. Por muy radical que nos parezca la vuelta en ningún caso será retroceso.

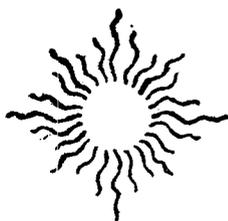
El remedio, los Papas nos lo repiten a cada momento, está en Cristo. Es menester aceptar la Soberanía Social de Jesucristo. Para esto hay que reformar, mejor dicho substituir, las ideas que impregnan el ambiente de nuestro tiempo. Y los Romanos Pontífices a este respecto recomiendan la filosofía tomista como firme y segura para subvenir a las necesidades de la inteligencia y del corazón humanos.

El **Editorial** se titula: «*Ilte ad Thomam!*»

Siguen los artículos:

**Alrededor de la formación de las virtudes: Posibilidades de una educación política**, por Francisco Hernanz (págs. 99 a 101); **Sólo la soberanía de Cristo puede dar al mundo el primer elemento de su progreso: la posesión de la verdad**, por Pedro Basil (págs. 102 y 103); **Misión de la filosofía en la restauración del Reino de Cristo**, (págs. 104 y 105); **Tres antitomisismos: 1.º Un antitomisismo escolástico**, por Pedro Basil (pág. 106); **Cuestiones de escolástica**, por el P. Fr. José Pijoan (págs. 107 y 108); **La filosofía de Santo Tomás, en la perspectiva del Reino de Cristo**, por el P. Miguel de Esplugas (págs. 109 y 110); **Discurso de S. S. Pío XII a los asistentes al Congreso Internacional de Filosofía**, (págs. 111 y 112); **El bizantinismo en Rusia**, por Boyan Marcoff (págs. 113 a 115); **Del cetro real al cetro de la industria**, por Luis Creus (págs. 115 y 116); **Filosofando**, por Fernando Serrano y Misas (págs. 117 a 120).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de José M.<sup>a</sup> Serra Goday y otros.



# *La Revista* **CRISTIANDAD**

*tiene lectores en los siguientes países*

## **Europa**

BELGICA: Lieja  
INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping, Northon  
IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel  
ITALIA: Roma, Milán  
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche  
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno

## **Asia**

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

## **Africa**

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán

## **América**

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal  
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Alburquerque  
ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón  
BOLIVIA: La Paz  
BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista  
COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali  
COSTA RICA: San José de Costa Rica  
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón  
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascazas, Temuco  
ECUADOR: Quito  
EL SALVADOR: San Salvador  
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala  
HAITI: Puerto Príncipe  
MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío  
PANAMA: Ciudad de Panamá  
PARAGUAY: Asunción  
PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar  
PUERTO RICO: Ponce, Aibonito  
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo  
TRINIDAD: Puerto España  
URUGUAY: Montevideo  
VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia

## **Oceanía**

AUSTRALIA: Sydney  
FILIPINAS: Manila

# CRISTIANDAD

NÚMERO 71 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Marzo de 1947

Cruz, 1, 1.ª - Teléfono 26876

MADRID

## « ¡ITE AD THOMAM! »

*«Así como en otro tiempo se dijo a los egipcios, que sufrían gran escasez de viveres: «Id a José», para que él les proveyese del trigo que necesitaban para alimentarse, así, a todos cuantos ahora sienten hambre de verdad Nos les decimos: «Id a Tomás» a pedirle el alimento de sana doctrina de la que él tiene opulencia para la vida eterna de las almas.» (Pío XI, Encl. «Studiorum duce»).*

No es mucho esfuerzo, para el individuo como para la sociedad, pasar recuento de su caudal de ideas positivas: lo es en cambio, y bien difícil a menudo, pasar recuento de sus ideas filosóficas. Porque ellas constituyen, para el individuo, lo que podríamos llamar su mentalidad, para la sociedad lo que podríamos llamar su ambiente, y ¿quién, si no está acostumbrado a la dura tarea de la reflexión, es capaz de examinar, sin gran violencia, aquello que es, por naturaleza, reactivo a todo examen, aquello que se toma por connatural a nuestro espíritu, por absolutamente incuestionable?

Y sin embargo es de toda importancia que nuestra mentalidad, que nuestro ambiente, cristalicen en un sistema de convicciones; es decir, de asensos racional y rigurosamente justificados.

Mucho es que nuestra fe cristiana haya venido a ser tradición entre nosotros: por este medio, en efecto, la honestidad y el espíritu de nuestros mayores pasará en herencia a nuestros hijos. Pero una tradición no basta ya al hombre moderno para resistir la tentación creciente: «seréis como dioses», que el dominio alcanzado sobre la materia lleva consigo, a menos que venga en apoyo de esta tradición una reflexiva justificación de la misma.

Ciertamente, nuestra fe debe su vigor, lo mismo que su origen, a un don de lo alto, generosamente ofrecido a todos los que con humildad lo imploran; pero a ello hay que añadir la meditación de aquellas verdades naturales superiores en que la fe, imprescindiblemente, debe apoyarse.

Este sólido pedestal de la fe debe edificarlo la filosofía cristiana: la filosofía, coronamiento de todos los conocimientos humanos porque, si los demás descansan terminativamente en las diversas criaturas, ella tiene como fin propio el conocimiento de Dios: «Fere totius Philosophiæ consideratio ad Dei cognitionem ordinatur.» (1).

¿Por qué no se define nunca así la filosofía, es decir: como la ciencia ordenada a llevarnos al conocimiento de Dios? Ello constituye, en verdad, un misterio: misterio tan sólo explicable por el espíritu de imitación servil que con tanta frecuencia ha llevado a los católicos a la escuela de judíos, herejes y paganos (2). Mas en esto radica la causa de su descrédito actual entre nosotros: porque, tan sólo definida y

(1) Santo Tomás. Summa contra gentes.

(2) León XIII, Encl. «Aeterni Patris»: «Este mismo amor a la novedad pareció haber inficionado incluso el ánimo de algunos filósofos católicos: ya que es común en los hombres ser inducido a obrar por espíritu de imitación, y así, desdénando el patrimonio de la antigua sabiduría, quisieron dar a luz teorías peregrinas... etc.»

practicada como un esfuerzo por conocer a Dios, ella — que no intenta de sí utilidad alguna — puede conservar todavía un interés para el común de los hombres.

La filosofía, o es fiel a su esencia y busca a Dios, o si se aleja del Dios verdadero, se convierte en vil sembradora de sofismas. Y cuando se ha avanzado por este último camino, ¡cuán difícil es hacer marcha atrás y salir de él!

Porque, en efecto, la experiencia de gustar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no puede darse ya nunca más por no hecha, y algo así es lo que ha realizado el hombre moderno al saborear el fruto emponzoñado de la filosofía heterodoxa. No le propongáis ya como remedio el honrado sentido común: por siempre jamás lo encontrará desabrido.

Entonces, ¿hay que abandonar toda esperanza?

Todavía no, todavía nos queda una, pero una sola: encontrar una doctrina que, fuerte en la posesión de la verdad de que carecemos, nos aventaje en la audacia en que nos hemos excedido: una doctrina «cuya belleza arrebate y convierta a sí el hombre entero» (3); una doctrina que abra a nuestra mirada y a nuestro corazón horizontes sin límite, que los prepare para recibir «aquella sabiduría que descende de lo alto y que juzga de las cosas divinas por cierta connaturalidad con ellas» (4); una doctrina que sea, a la vez, rigurosamente objetiva y alimento del espíritu (5); una doctrina, en una palabra, que reúna los caracteres de la doctrina del Angélico.

El encariñamiento con que la Iglesia la ha adoptado por suya predilecta no tiene otro motivo que este: el conocimiento de la elevación de sus bienes y de la profundidad de nuestros males. ¿Quién, si no el Angélico, puede colmar ya nuestro vacío, a la vez intelectual y afectivo? ¿Quién, si no él, mitigar nuestra desazón? ¿Quién, si no él, restituirnos la esperanza de una salud mental (6) que posibilite efectivamente la instauración en nosotros del imperio de la Verdad de Cristo?



(3) Pío XI, Encl. «Studiorum duces».

(4) Santo Tomás, *IIa IIae*, q. 45, Pío XI, *Ibid.*

(5) León XIII, Encl. «Aeterni Patris»: «Por todas estas razones, los hombres más doctos de los pasados siglos, los más beneméritos de la Teología y la Filosofía por la extensión y profundidad de su saber... entregáronse sin reserva a su angélica sabiduría más todavía que para ilustrar sus ánimos, para sustentarse y nutrirse enteramente de ella.»

(6) *Ibid.* Dominica IV después de Epifanía. Colecta: «...da nobis salutem mentis et corporis: ut ea, quae pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus».

**L**os Romanos Pontífices nuestros predecesores, honraron la sabiduría de Tomás de Aquino con singulares elogios y testimonios amplísimos. Pues Clemente VI, Nicolás V, Benedicto XIII y otros, atestiguan que la Iglesia universal es ilustrada con su admirable doctrina. San Pío V, confiesa que con la misma doctrina las herejías, confundidas y vencidas, se disipan, y el universo mundo es libertado cotidianamente; otros, con Clemente XII, afirman que sus doctrinas dimanaron a la Iglesia Católica abundantísimos bienes... Otros, finalmente, no dudaron en proponer en las Academias y grandes Liceos a Santo Tomás como ejemplar y maestro, a quien debía seguirse con pie firme. Respecto a lo que parecen muy dignas de recordarse las palabras del B. Urbano V: «Queremos, y por las presentes os mandamos, que adoptéis la doctrina del bienaventurado Tomás, como verídica y católica, y procuréis ampliarla con todas vuestras fuerzas.»



Aeterni Patris. - León XIII.

# Posibilidades de una educación política

## La prudencia

Nos proponíamos tratar hoy de un problema de perenne actualidad. Se habla tanto de la política y del político prudentes; la política se convierte en tan viva preocupación para el hombre, que nos parece oportuno enlazar esta cuestión con aquella otra de la educación que habíamos entendido, siguiendo a Santo Tomás, como formación de las virtudes (1) y entre ellas de modo especial, de la prudencia.

Porque pensamos la educación como un proceso que conduzca al hombre al fin al que está ordenado, y en consecuencia, que le prepare para la vida buena.

Pero he aquí que la vida del hombre está enmarcada no sólo en la historia, sino además en la sociedad; y en la medida en que esto ha sucedido siempre, el hombre recibió ya de los griegos, que sintieron hasta con pasión la urgencia del problema, el calificativo de animal político.

A esta radical posición social de su vida ha de corresponder en el hombre la virtud de la prudencia política. En tal caso nos preguntaríamos: ¿Quién está mejor capacitado para la tarea de gobernante? ¿Qué condiciones se requieren para el desempeño de una misión de tal naturaleza?

## ¿Gobernantes filósofos?

«Entonces será tiempo de conducir al término a los que, cumplidos cincuenta años, habrán salido puros de estas pruebas y se habrán distinguido en las ciencias y en toda su conducta, y obligarles a dirigir los ojos del alma hacia el ser que todo lo ilumina, y a contemplar la esencia del bien, sirviéndose después como de un modelo para arreglar con singular esmero sus costumbres, las del Estado y las de cada uno de los ciudadanos, ocupándose casi siempre en el estudio de la filosofía; pero cuando les llegase la vez, encargándose del peso de la autoridad y de la administración de los negocios en vista sólo del bien público, y con la persuasión de que es menos un oficio de honor que una obligación onerosa e indispensable. Y de este modo, después de haber instruido a otros y dejando sucesores dignos de reemplazarles que defiendan la república, pasarán ellos de esta vida a las islas de los bienaventurados. El Estado les erigirá además magníficos sepulcros, y si lo aprueba el oráculo de Apolo, se les harán sacrificios como a los dioses tutelares o, a lo menos, como a bienaventurados y divinos.» (2)

Acabamos de citar a Platón, en su obra de más trascendencia política y educativa. De todos es conocida su famosa teoría. Para este gran pensador de la Antigüedad es claro que el filósofo, por esta misma ocupación suya que es rozar más de cerca que ningún otro hombre la sabiduría, está destinado al alto menester de regir desde su noble cátedra la comunidad política. El filósofo, por el hecho de conocer mejor que nadie los fines a que está orientado el individuo y la sociedad, sabrá como ninguno conducir a éstos sorteando los escollos que se presenten en el camino hacia la perfección posible.

Y sin embargo, estas palabras resuenan en nuestros oídos con un timbre especial de anacronismo. Habremos de convenir con la Historia en que, por muy sorprendente que resulte, sucede justamente lo contrario de lo que Platón pensaba.

Efectivamente, al margen del fracaso rotundo que representó y representa todavía la puesta en práctica de aquel sistema de sociedad política, es ya de una claridad meridiana que el intento de colocar en el vértice de la pirámide estatal a un intelectual —así lo llamaríamos ahora— o a un grupo de intelectuales ha llevado siempre

si no a terribles catástrofes, por lo menos a tristes calamidades.

Y es que, según parece, el filósofo está aprisionado por las ideas. ¡Elevada prisión, por cierto! Pero no por eso deja de estar menos incapacitado de salir de ella; no por eso deja de estar menos privado de evadirse de la zona de lo universal, es decir, de lo ideal, en la que está recluido, para descender al campo de lo particular, o sea al mundo de los hechos, de lo concreto, de lo contingente.

Mas he aquí que es precisamente esta última la imponderable misión del gobernante. No es, pues, difícil concluir que si las cosas suceden de este modo le está radicalmente negado al filósofo, en cuanto tal, toda intromisión, digámoslo así, en la política.

Pero ¿es acaso equivalente el sentido de la palabra «filósofo» tal como la entendía Platón, al de «intelectual» como la entendemos ahora? El intelectual al uso es considerado como un teórico y por tanto también teórico de la prudencia, pero no un prudente. ¿Es posible decir lo mismo, sin embargo, del filósofo que Platón juzgaba apto para gobernar su República? Quizá no. En todo caso dependería de que poseyese por lo menos los caracteres a que nos vamos a referir.

Todo esto es lo que se dice respecto del filósofo. Se le concede —no faltaba más— la misión y la tarea de forjar ideales y de teorizarlos. Y esto es trascendental para la vida de los pueblos. Pero la política está más allá de la teoría —o más acá, como se quiera—.

## La política y el factor experiencia

La política, así de un modo general, sería el menester de gobernar a los pueblos, o el menester de los pueblos de dejarse gobernar.

En la política requiere, pues, una *realización* de los principios generales señalados por los teóricos. Realización que implica el ajuste del modo general y universal de ser de aquellos principios, sobre el modo particular y contingente de los hechos concretos que constituyen la vida de los hombres en sus mutuas relaciones.

Pero estas cosas «se han de estudiar por mucho espacio de tiempo y con mucho uso y experiencia de las costumbres, por las cuales se entenderá bien si todo está bien orientado» (3).

Esto parece ser fundamental; condiciona, por ejemplo, la segunda fase de la experiencia vital de Segismundo en «La vida es sueño». El hombre alocado se transforma en prudente.

## El ideal y la prudencia

Pero ¿qué es la prudencia y qué representa en la vida humana y en su destino? En primer lugar hay el hecho de que el hombre necesita dar consistencia a su vida, salvarla, por medio de un ideal, estrella guiadora, que sintetice sus más caras aspiraciones y que se aproxime cuanto más mejor al último fin del hombre.

Pero en la constitución de los ideales entran a formar parte en no escasa proporción elementos sentimentales (4). Y el sentimiento, la afectividad, el fuego que alimenta nuestra conducta vivificándola a cada instante, esto no aparece y desaparece en un momento, no posee la fugacidad y la frialdad psíquica de una teoría, sino que se instala gradualmente en el alma, y muchas veces de modo inconsciente, para venir a ser norma del carácter y hasta de la personalidad. Entonces quizá es cuando empiezan a asomar por el horizonte los ideales.

El educador ha de poner especial cuidado en este punto, porque el educando sale de sus manos más trans-

(1) Vid. «Santo Tomás y la educación», núm. 23 de CRISTIANDAD.

(2) «La República», libro VII, pág. 151; Biblioteca clásica. Madrid, 1922.

(3) Aristóteles: «Política», libro II, cap. 3. S. Tomás, S. Th. 2.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, qu. 47, art. 15.

(4) Vid. Encíclica «Studiorum Ducen».

figurado de lo que pueda parecer a primera vista. Pero más aún, sería desconsolador que con todo su entusiasmo puesto en esta labor, viese luego frustradas sus esperanzas por no haber dotado al educando de un bagaje de medios adecuados para acercarse en la medida de sus posibilidades a aquel ideal. Y esto no sólo proporcionándole la base de lanzamiento en pos de tal ideal, sino inculcándole también aquella fuerza especial de espíritu con la cual sea capaz de superar los desalientos y los fracasos que puedan detenerle en su carrera, y el discernimiento para poder evitar los grandes males que pueden acecharle a cada instante.

Esa fuerza espiritual se la proporcionan sus sentimientos y su fe, constituyendo una especie de puente tendido entre el ideal y el hombre a través de las azarosas circunstancias y realizaciones que la vida le va a ofrecer. Puente colgante sostenido por los vibrantes cables de la prudencia. Si el ideal es la espuela, la prudencia es muchas veces el freno.

De aquí la importancia de esta virtud en la educación.

### La prudencia y el fin del hombre

El hombre prudente es «aquel que ve a lo lejos, el perspicaz que vislumbra las cosas a través de los acontecimientos inciertos» (5), el que previene lo futuro a través de lo presente y de lo pasado (6), el que conociendo lo universal sabe aplicarlo a lo particular, que es donde se desarrollan las acciones humanas.

La prudencia es una virtud que consiste en la aplicación de la razón *recta* a las obras, *exigiendo* esta aplicación *el apetito recto* (7), requisito que no se da en el arte, con el cual, sin embargo, tiene la prudencia muchos puntos de contacto. Es mejor artista quien hace mal una obra queriendo, que aquel que la hace mal sin querer; justamente lo contrario de lo que ocurre con el prudente (8).

De aquí que el sujeto haya de estar bien orientado hacia los fines de su vida, buena orientación que existe gracias a la rectitud de la voluntad (9). Decimos hacia los fines de su vida, entendiendo el fin de su vida totalmente considerada, porque de lo contrario a tal sujeto no le llamaríamos prudente a secas, sino prudente militar, prudente piloto, etc., porque el fin sería en relación a un determinado género de cosas, es decir, constituiría un fin particular (10).

La prudencia es una virtud moral. Reside, sin embargo, en el entendimiento práctico (11). No puede existir sin las virtudes morales, y a su vez éstas no se dan sin la prudencia (12). Esto hace que sea una virtud excelente entre las excelentes. Su misión consiste en encontrar, pero sobre todo dictar, el justo medio, el equilibrio razonable en las virtudes morales respecto de los vicios opuestos (13), y en imperar los actos adecuados al fin de cada virtud.

De aquí que no pueda encontrarse de ningún modo en los pecadores, aunque se diga de un ladrón, por ejemplo, que es prudente; en él no tiene lugar sino una falsa prudencia, porque no se da en virtud de un fin bueno (14).

### El freno y la decisión

Pero hay también otra llamada prudencia que si no es mala es, sin embargo, imperfecta. Se encuentra en el hombre bueno cuando se propone un fin o un bien particulares tan sólo, y en los pecadores cuando tienen lugar los dos primeros actos prudenciales —el consejo y el juicio—, pero no se da el último: la prescripción; es decir, cuando el hombre se da cuenta del fin de su vida y de los medios que le conducirían a él, pero no pasa a la realización de estos medios (15). En este caso, el freno sería imprudente.

En consecuencia, el acto principal de la prudencia es el *decidir*. Consiste en aplicar lo *aconsejado* y lo *juzgado*, que son los otros dos actos de la prudencia (16), a la operación. Y esto es así porque la *decisión* es el acto más próximo al fin de la razón práctica (17).

Nótese las principales características que llevamos señaladas. En primer lugar, la prudencia es *experiencia*, y en virtud de ello, por un lado es *freno* respecto de la espuela que es el ideal; por otro lado es *decisión*, porque rompe la cápsula en que estaba envuelto el sujeto en el acto del juicio deliberativo, disparándole hacia la acción.

Y es por eso —por estar íntimamente unida a la experiencia— por lo que la prudencia implica *buena memoria*: hay que acordarse de nuestro vivir pasado y, aprovechando la lección, si es posible hablar así, adaptarlo a nuestro vivir presente. Además, *inteligencia* para penetrar el sentido de esta nuestra vida actual.

Pero ¿no requerirá también *docilidad* para aprender de los otros y *sagacidad* para ver por uno mismo? Más aún, por encender la chispa de la decisión es *providente* en cuanto «adivina» lo que sucederá; por apagar y frenar los excesos del entusiasmo es *circumspecta* observando a su alrededor, y *cautelosa* por distinguir los impedimentos y discernir tras las apariencias. (18)

Mas guardémonos muy mucho, repetimos, de valorar estas últimas características hasta el punto de olvidar, como se acostumbra hacer muy a menudo, que la prudencia, en cuanto tal, encuentra su más genuino sentido si es considerada como acción y no como inhibición. Efectivamente, nunca el prudente será un pusilánime ni un indeciso.

### La prudencia y la educación

Todavía nos interesa señalar aquí una cuestión de gran alcance para nuestro propósito. El hombre no posee naturalmente la virtud de la prudencia, como tampoco posee de modo natural ninguna de las virtudes morales e intelectuales (19). A este respecto queremos transcribir las mismas palabras con que se expresa el Doctor Angélico:

«Aristóteles dice en el libro 2.º de la *Ética*, cap. I, que "la virtud intelectual se adquiere y se acrecienta por la educación; por eso necesita de la experiencia y del tiempo". Pero la prudencia es una virtud intelectual. Luego la prudencia está en nosotros no por naturaleza, sino por la educación y por la experiencia... La operación se dirige a algo, ya hacia el fin, ya hacia aquellas cosas que se orientan al fin. Los fines virtuosos de la vida humana están determinados; por eso puede existir una inclinación natural respecto de estos fines, puesto que hay quien tiene por disposición natural ciertas tendencias virtuosas por las que está inclinado a los fines virtuosos, y en consecuencia posee también naturalmente un juicio recto de tales fines. Pero *aquellas cosas que se orientan hacia el fin no están determinadas* en lo humano, sino que se diversifican según la diversidad de las personas y de los negocios. Y puesto que una inclinación natural siempre se da *hacia algo determinado*, tal conocimiento no puede estar vinculado naturalmente al hombre» (20).

De lo cual deduce a continuación que la prudencia no reside naturalmente en el hombre.

Si esto es así, adviértase la importancia que puede tener la educación, como ya señalábamos al principio, para formar ésta y todas las virtudes.

### La prudencia y la política

Además de la prudencia militar y económica, Santo Tomás señala la del gobernante y la del súbdito o propiamente política. Sin embargo, no vamos a trazar aquí ni un programa de educación política ni tan siquiera unas directrices, sino llamar la atención sobre estos dos puntos: 1.º, la prudencia es una virtud imprescindible para el gobernante; 2.º, por tanto se ha de tener muy en cuenta en

(5) S. Isidoro, *Etímol.* lib. X, citado por Santo Tomás, S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 1.

(6) Santo Tomás, *loc. cit.*

(7) Santo Tomás, S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 2, Ad primum.

(8) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 8.

(9) S. Th. 1.º 2.º, qu. 57, art. 4.

(10) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 2, Ad primum.

(11) S. Th. 1.º 2.º, qu. 57, art. 5, Ad tertium y 2.º 2.º, qu. 47, art. 2.

(12) S. Th. 1.º 2.º, qu. 58, arts. 4 y 5.

(13) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 7.

(14) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 13.

(15) S. Th., *loc. cit.*

(16) Estos dos actos requieren tres virtudes adjuntas a la prudencia, y son la *Eubulia*, *Syngesis* y *Gnome*.

(17) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 8.

(18) S. Th. 2.º 2.º, qu. 48 y 49.

(19) Vid. «Santo Tomás y la educación», núm. 23 de CRISTIANIDAD.

(20) S. Th. 2.º 2.º, qu. 47, art. 15.

una verdadera educación, no porque todo hombre haya de ser gobernante, sino porque ha de ser principalisimamente hombre y en todo caso ciudadano.

En efecto, la prudencia se extiende también al régimen de las multitudes; en tal caso mira al bien común en vez de al bien propio de cada cual. Sin duda, según la recta razón, es preferible el bien común que el personal(21). La prudencia, dice Aristóteles, reside en el príncipe como el arte de edificar en el arquitecto; a su vez, la posee el súbdito del mismo modo que el obrero posee el arte manual por cuyo medio ejecuta el plan trazado por el arquitecto. Así, la prudencia del gobernante consiste en instituir leyes; la del súbdito, en observarlas libremente(22).

«Prudentia est propria virtus principis» (23). Es claro

que atendiendo al principal carácter de la prudencia, que estriba en dirigir y decidir, conviene en grado sumo, junto con la justicia, al gobernante. No olvidemos que el gobernante es aquel que sabe decidirse, el que toma decisiones rápidas, pero siempre acertadas.

En último extremo, uno de los primordiales fines de la educación natural consistiría en la formación de buenos ciudadanos y buenos gobernantes. Por lo que se refiere a estos últimos, cada día parece más imperiosa la necesidad de cuidar esas tradicionales canteras de donde suelen surgir. No menor interés deberíase poner en educar a la gran mayoría destinada a ser gobernada.

He aquí, pues, la razón que nos impulsó a plantear, aunque no lo hayamos hecho en todos sus aspectos, este problema enormemente sugestivo que muchas veces hemos oído plantear en nuestro tiempo: nos referimos a la cuestión de la educación o formación política.

Francisco Hernanz

(21) S. Th. 2.<sup>o</sup> 2.<sup>a</sup>, qu. 47, art. 10.

(22) S. Th. 2.<sup>o</sup> 2.<sup>a</sup>, qu. 47, art. 12.

(23) S. Th. 2.<sup>o</sup> 2.<sup>a</sup>, qu. 50, art. 1.



Apoteosis de Santo Tomás

Cuadro de Zurbarán

# Sólo la soberanía de Cristo puede dar al mundo el primer elemento de su progreso: la posesión de la verdad

## El mundo y la verdad

Las ideas, se ha dicho, gobiernan el mundo.

«Apenas existe una acción humana —dice Tocqueville— que no tenga origen en una idea muy general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes...» (1). Y si esto es así en el marco de la vida privada, no lo es menos aún en aquella esfera en que las acciones trascienden a la vida social. Ya observaba Balmes: «No se hacen grandes mudanzas en la sociedad, si no se verifican primero en el orden de las ideas, y es endeble y de escasa duración todo cuanto se establece o contra ellas o sin ellas» (2).

Hay, verdaderamente, en el fondo de toda sociedad ciertas ideas bases, ciertos principios fundamentales, que marcan e informan toda su vida: según sean ellos, así serán sus instituciones, sus leyes, su arte, sus costumbres. Vienen a ser, por así decirlo, como el alma de cada pueblo. Así se habla, por ejemplo, del espíritu de Grecia o de Roma, y aun del espíritu de éste o de aquel siglo. Ya decía Torras y Bages: «Conoce un pueblo quien conoce su pensamiento».

Es, pues, de suma importancia que los hombres tengan, sobre estos puntos vitales, ideas verdaderas. «El hombre no puede vivir moralmente si no conoce con certeza la verdad moral» (3). Cualquier error —lo demuestra la Historia— puede producir las más graves consecuencias. El olvido de alguna de estas verdades, la unidad de Dios y la igualdad y dignidad de los hombres, pudo muy bien, por sí solo, ser causa de los dos peores males del mundo antiguo: la idolatría y la esclavitud.

Mas, como observa Tocqueville, es por cierto sumamente difícil que los hombres, entregados a sí mismos, puedan con sólo el esfuerzo de su razón adquirir, sobre tales materias, ideas bien fundadas. Y a la debilidad de la inteligencia, aún habría que añadir el poder cegador de las pasiones. Por eso Balmes, al considerar la fuerza social de las ideas, las distingue en dos órdenes: unas que lisonjean nuestras pasiones, otras que las reprimen. «Las primeras —dice— no puede negarse que tienen una fuerza expansiva inmensa: circulando con movimiento propio, obran por todas partes, ejercen una acción rápida y violenta, no parece sino que están rebosando de actividad y de vida. Las segundas, en cambio, progresan lentamente, necesitan apoyarse en alguna institución que les asegure estabilidad» (4).

Pero, ¿qué institución humana existe capaz de defender contra los ataques de las pasiones la verdad moral?

¿Será, acaso, el poder civil? Mas, ¿por ventura no está este poder encarnado en hombres, sujetos como los demás a sus pasiones, y mayormente quizás al orgullo y la ambición de dominio, que es la peor de todas? La tiranía y el cesarismo, de los que tantos ejemplos ofrece la Historia, ¿no son una prueba de ello?

¿Estará, tal vez, en la opinión o conciencia pública este poder moderador? Pero si de lo que se trata es precisamente de formar y preservar de errores esta concien-

cia pública. Y en todo caso, ¿de qué se forma esta conciencia?

¿De los sentimientos de las masas? ¿Se pretenderá, entonces, que los buenos principios surgen espontáneamente de tales sentimientos? ¿No vemos, por desgracia, cómo las masas, sin un fuerte contrapeso espiritual, propenden naturalmente al materialismo? ¿No ha llegado incluso a decirse que «no es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino al contrario, su existencia social —es decir, la lucha por los intereses materiales— la que determina su conciencia»? (5).

¿Serán, acaso, los sabios, los intelectuales, la aristocracia de la cultura, en suma, los encargados de tan alta misión?

Pero, aun descontando que en estas alturas no dejan de soplar también las pasiones, ¿no es cierto que, al acercarse a los primeros principios, se encuentra el entendimiento rodeado de espesas sombras? ¿No ha llegado a decirse por un profundo pensador que toda nueva verdad es el umbral de una nueva ignorancia? Y por lo que toca a las grandes especulaciones sobre Dios, el origen y destino del hombre, los principios elementales de la moral, es decir, sobre las cuestiones más vitales para la humanidad, ¿de cuántas extravagancias y delirios no es testigo la historia de la cultura? El mismo error de la esclavitud —ultraje de la humanidad y escándalo de la razón, como le llama Balmes—, ¿no fué compartido por los mayores sabios de la antigüedad, un Platón y un Aristóteles, por ejemplo? Y en último término, ¿a qué han conducido todas las cavilaciones de los sabios, confiados en sus propias luces, sino al obscurecimiento de las verdades naturales o, en el mejor caso, a recorrer mil veces el mismo camino, para encontrar en un extremo aquellas sencillas verdades y en el otro el escepticismo?

¿Bastará, entonces, una religión natural cualquiera, forjada por los hombres, para resolver este problema, o será que Dios ha procurado llenar en un orden superior este inmenso vacío del orden natural?

## *et lux in tenebris lucet*

Es verdad «que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza en las cosas creadas, con la luz natural de la razón humana; pues sus perfecciones invisibles, después de la creación del mundo, se han hecho visibles por el conocimiento de sus criaturas» (6); como verdad es, también, que las normas fundamentales de la moral pueden ciertamente conocerse con la luz sola del entendimiento humano.

Pero, aunque esto es así en absoluto, cierto es también que moralmente es imposible que los hombres en general «puedan conocer claramente, con firme certeza y sin ninguna mezcla de error, todo aquello que en las cosas divinas —y lo mismo podría añadirse en las morales— no es de por sí inaccesible a la humana razón, aun en la presente condición del género humano» (7). La historia de la filosofía y la de las religiones comprueba plenamente esta verdad.

Por eso, el mismo Dios «vino en auxilio de la razón humana por medio de la revelación, a fin de que el hombre,

(1) Tocqueville: «De la Democracia en América».

(2) Balmes: «El Protestantismo», tomo II, cap. XXX.

(3) Consúltese la magistral obra del P. E. Ramière: «La soberanía social de Jesucristo», en cuyo capítulo V se estudia extensamente la tesis que lleva por título el presente artículo.

(4) Balmes, obra y lugar antes citados.

(5) Marx: «Contribución a la crítica de la Economía Política».

(6) Concilio Vaticano: «Constitución dogmática sobre la fe católica».

(7) Concilio Vaticano, idem.

aun en la actual condición en que se encuentra, pueda conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de error alguno, las mismas verdades naturales que tienen por objeto la religión y las costumbres...» (8).

La revelación de estas verdades no era, pues, *absolutamente* necesaria, puesto que en absoluto la razón humana podía conocerlas. Pero sí que era *moralmente* necesaria para que los hombres pudiesen conocerlas fácilmente, con firme certeza y sin mezcla de error.

Y Dios, en su infinita bondad, no se limitó a revelar estas verdades naturales, sino que «habiéndolo destinado al hombre a un fin sobrenatural, esto es, a participar de los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión del humano entendimiento», le descubrió las verdades del orden sobrenatural, inaccesibles a toda inteligencia creada, y cuya revelación era de una necesidad *absoluta*, aunque *hipotética*, es decir, absolutamente necesaria si Dios quería que las conociéramos.

E hizo más: envió al mundo su Unigénito, el Verbo eterno de Dios, «para dar testimonio de la verdad... y, como la humanidad, entregada a sus propias fuerzas, no es una depositaria fiel de la verdad, instituyó la Iglesia, a la que confió este sagrado depósito con encargo de conservarlo y difundirlo por todo el mundo, prometiéndole su asistencia hasta el fin de los siglos.

Jesucristo, reinando por medio de la Iglesia, es, pues, el único que puede asegurar al mundo el primer elemento de su progreso, la posesión de la verdad. Esta es la única institución capaz de defender, contra la debilidad de las inteligencias y la fuerza de las pasiones, aquellas verdades necesarias para el progreso y la perfección moral de los pueblos. Por eso pudo decir Pío XI «no hay otra institución que pueda custodiar la santidad del derecho de gentes... Ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad que le dan los siglos...» (9).

Mas, ¿con qué condición—pregunta el P. Ramière—podrá la sociedad recibir del Verbo encarnado la verdad moral, necesaria a la vida temporal de las sociedades al propio tiempo que la verdad sobrenatural, sin la cual los individuos no pueden cumplir sus inmortales destinos? Con una condición tan sólo: que los pueblos reconozcan la soberanía social de Jesucristo, es decir, «el derecho que posee el Hombre Dios, y con Él la Iglesia, de ejercer su divina autoridad en el orden moral, sobre las sociedades, así como sobre los individuos; y la obligación que semejante derecho impone a las sociedades de reconocer la autoridad de Jesucristo y de la Iglesia en su existencia y en su acción colectiva, de la misma manera que debe ser reconocida por los individuos en su fuero interno y en su conducta privada» (10).

### La Europa cristiana

Sin duda, hasta el día de hoy, la sociedad que más se aproximó a este ideal del Reino de Cristo fué la Europa cristiana. No es extraño, pues, que ella obtuviera el cetro de la civilización y que, pese a sus imperfecciones, ésta haya sido en verdad la que mayor altura moral ha alcanzado.

¿A qué debió, si no, la vieja civilización europea su inmensa superioridad sobre las otras? ¿De dónde salió con ese sello de dignidad, con ese espíritu orgánico de fraternidad, con ese ideal de universalidad que le caracteriza?

Con razón dice León XIII, «si la Europa cristiana domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiera a la mansedumbre, de la superstición a la verdad; si rechazó victoriosa las irrupciones de los mahometanos; si conserva el cetro de la civilización, y ha solido ser maestra y guía al resto del mundo para descubrir y enseñarle todo cuanto

podía redundar en pro de la humana cultura; si ha procurado a los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas...», todo ello lo debe a la religión de Cristo (11).

Y no es que en aquella Europa no hubiera males, pues los había y muy graves, pero al menos eran conocidos y se los llamaba con su nombre. No se apellidaba bien al mal, y mal al bien. Y «aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran las naciones mismas juzgadas» (12).

### El dilema de la Europa moderna

Hoy todo el mundo habla, y con razón de la decadencia de Europa, de la crisis de nuestra civilización; pero pocos se paran en considerar que esta crisis y esta decadencia coinciden con otro hecho no menos visible: la pérdida del Cristianismo en la sociedad europea. ¿No es natural, pues, que perezca nuestra civilización, si el Cristianismo era el alma de Europa?

La verdad ha huido de nuestra civilización, y si ésta, aunque decadente, sobrevive aún, es por los restos que todavía conserva de aquella verdad. La sociedad moderna no se inspira ya en el Cristianismo, mantiene sí algunos restos de sus principios, algunos sentimientos que aun pueden llamarse cristianos, pero les falta la base, el principio superior que les da vida. Sobre su arena movediza no puede sostenerse ningún edificio sólido.

Nuestra civilización vive, por así decirlo, de renta. Deramado, como estaba, el espíritu cristiano por todas las venas de nuestras sociedades, impreso su sello en todas partes, mezclado su lenguaje en todos los idiomas..., en una palabra, filtrado el Cristianismo en todas las manifestaciones de nuestra vida, es natural que algunos de sus frutos sobrevivan, cual luz crepuscular al ponerse el día. Pero son como las ramas de un árbol al que hubiesen cortado la raíz: conservan por algún tiempo cierta lozanía, que es sólo una apariencia de vida. Por eso, cuando aquellos principios se ponen a prueba, cuando aquellos sentimientos chocan contra la fuerza brutal de las pasiones, los vemos sucumbir estrepitosamente. ¿Qué sucede, por ejemplo, con el sentimiento de la dignidad de la persona humana, que nuestra sociedad, gracias a Dios, se ufana en conservar todavía? Sin fuerza ni valor, por faltarle un principio superior en que apoyarse, ¿no resulta un mero convencionalismo que a la primera revolución no cuenta ya para nada?

Y es que nuestra civilización es hija de la verdad y no puede sobrevivir sin ella. Los vestigios de verdad que han contenido, o contienen, las demás civilizaciones, podrán bastar a otros pueblos para mantener cierto reposo, un reposo que cuando no es efecto de la fuerza es la misma inmovilidad. Pero a Europa—y no la Europa estricta o geográfica, sino todo aquel mundo que ha conocido la verdad y, en cierto modo, es hijo de nuestra civilización—no pueden bastarle unas verdades parciales. Necesita la verdad moral toda entera, «*omnem veritatem*». Por eso no caben para ella más que dos soluciones: o abrazar totalmente la verdad, o debatirse en una constante lucha, en una inquietud continua... que puede acabar en un nuevo servilismo.

Si la soberanía social de Jesucristo es una necesidad para el progreso y perfección moral de los pueblos, para Europa, pues, y para todo aquel mundo que es hijo de nuestra civilización, todavía es más: Es una condición necesaria para su existencia y conservación. Aplicando la predicción que un día Torras y Bages hizo a nuestro pueblo, podemos muy bien decir: Europa o será cristiana, o dejará de ser Europa.

Pedro Basit

(8) Pío XI: Enc. «Casti Connubii».

(9) Pío XI: Enc. «Ubi arcano Dei».

(10) E. Ramière: «La soberanía social de Jesucristo».

(11) León XIII: «Inmortale Dei».

(12) Pío XI: «Ubi arcano Dei».

## Misión de la Filosofía en la restauración del Reino de Cristo

El contenido de los documentos de los Papas modernos en que recomiendan las doctrinas de Santo Tomás como base de la restauración de la Filosofía cristiana, nos muestra que, al proponerle como guía de los estudios, desean ciertamente conseguir con ello lo que podríamos llamar una restauración intelectual; pero al mismo tiempo, y como consecuencia, esperan que de ella se seguirán frutos preciosos para la sociedad civil, la familia y la paz social e internacional.

Es decir, ciertamente se proponen «establecer para los estudios filosóficos un método que no sólo corresponda perfectamente al bien de la fe, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas». «Todas las cuales deben esperar aumento y prometerse grande auxilio de esta restauración de las ciencias filosóficas porque todas ellas deben tomar de la filosofía, como de la ciencia reguladora, la sana enseñanza y el recto método; y de aquélla, como de común fuente de vida, sacar energía.»

Este sano progreso de las ciencias humanas obtenido por el trabajo de los pensadores católicos, obedeciendo las directrices emanadas de la autoridad de la Sede Apostólica, «a la que corresponde principalmente el ordenar lo que al estudio se refiere», será un fruto precioso del «Reinado de Cristo en las inteligencias... porque El es la Ver-

dad», y este Reinado de Cristo lo define el propio Pío XI como aquella ordenación de la sociedad «en que pueda la Iglesia, desempeñando su divino cargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades».

Pero además, y como consecuencia de ello, esperan los Sumos Pontífices de esta restauración filosófica saludables ventajas para la vida social. No nos extrañará ello si consideramos que al juzgar sobre las causas de los males de la sociedad moderna enumeran entre las principales el extravío de las ideas, producido por la emancipación de la razón humana frente a la autoridad de la Iglesia y que por consiguiente: «No existe otro medio más eficaz para terminar pronto y felizmente, con la ayuda de Dios, la encarnizada guerra entablada contra la Iglesia y contra la misma sociedad humana que restablecer en todas partes, por medio de las disciplinas filosóficas, los rectos principios del pensar y del obrar, y que, por lo tanto, es preciso, para el fin principal de aquella empresa, el resurgimiento de la sana y sólida Filosofía en todos los puntos del orbe».

No nos extendamos en intentar poner comentarios a las palabras pontificas; consideremos más bien los siguientes fragmentos de dos importantes encíclicas de León XIII: la «*Libertas*» y la «*Aeterni Patris*».

En realidad lo que en filosofía pretenden los *naturalistas* o *racionalistas*, eso mismo pretenden en la moral y en la política los fautores del *liberalismo*, los cuales no hacen sino aplicar a las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del naturalismo.

Encíclica *Libertas*

Si alguno fija la consideración en la acerbidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la naturaleza de los acontecimientos que pública y privadamente se suceden, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que nos amenazan, consiste en que *los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas filosóficas*, se han introducido en todas las clases de la sociedad recibidos por el común sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga a la razón por guía, si en algo falla la inteligencia, fácilmente cae también en lo mismo la voluntad; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá muchos frutos de pública y privada utilidad. Ciertamente no atribuímos tal fuerza y autoridad a la filosofía humana, que la creamos suficiente para rechazar y arrancar todos los errores; pues así como, al principio de instituirse la religión cristiana, el mundo tuvo la dicha de ser restituido a su dignidad primitiva mediante la luz admirable de la fe, no *con las persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestación del espíritu y del poder de Dios*, así también al presente debe esperarse principalísimamente de este omnipotente poder y de su auxilio, que las inteligencias de los hombres, disipadas las tinieblas del error, vuelvan a la verdad. Pero no se han de despreciar ni posponer los auxilios naturales, que por beneficio de la divina sabiduría, que dispone fuerte y suavemente todas las cosas, están a disposición del género humano, entre cuyos auxilios consta ser el principal el recto uso de la filosofía. No en vano imprimió Dios en la mente humana la luz de la razón; y dista tanto de apagar o disminuir la añadida luz de la fe el poder de la inteligencia, que antes bien la perfecciona, y aumentadas sus fuerzas, la hace hábil para mayores empresas. Pide, pues, el orden de la misma Providencia, que se pida apoyó aun a la ciencia humana, al llamar a los pueblos a la fe y a la salud: industria plausible y santa que los monumentos de la antigüedad atestiguan haber sido practicada por los preclarísimos Padres de la Iglesia. Estos acostumbraron a ocupar la razón en muchos e importantes oficios, todos los que compendió brevísimamente el grande Agustín, *atribuyendo a esta ciencia... aquello con que la fe salubérrima... se engendra, se nutre, se defiende, se consolida.*

Encíclica *Aeterni Patris*

## La filosofía de Santo Tomás, remedio de los males de la familia y de la sociedad...

A quien considere atentamente estas enseñanzas y tenga además en cuenta la constante recomendación que de las doctrinas del Doctor Angélico ha hecho la Iglesia, no le sorprenderá ya hallar en estos mismos textos pontificios

magníficos elogios en que se le atribuye expresamente importancia trascendental en la salvación de la sociedad. Citamos como ejemplo algunos elocuentes textos de León XIII y Pío XI.

*La misma sociedad civil y la doméstica, que se halla en el grave peligro que todos sabemos, a causa de la peste dominante de las perversas opiniones, viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las academias y en las escuelas se enseñase doctrina más sana y más conforme con el magisterio de la enseñanza de la Iglesia, tal como la contiene los volúmenes de Tomás de Aquino. Todo lo relativo a la genuina noción de la libertad, que hoy degenera en licencia; al origen divino de toda autoridad; a las leyes y a su fuerza de obligar al paternal y equitativo imperio de los Príncipes supremos; a la obediencia a las potestades superiores y a la mutua caridad entre todos; todo lo que de estas cosas y otras del mismo tenor enseña Santo Tomás, tiene una robustez grandísima e invencible para echar por tierra los principios del nuevo derecho, que, como todos saben, son peligrosos para el tranquilo orden de las cosas y para el público bienestar.*

*Encíclica Aeterni Patris*

El fundó también una sólida doctrina de moral teológica, para dirigir todos los actos humanos congruentemente con el fin sobrenatural del hombre. Teólogo perfectísimo a la manera dicha, da razones ciertas y preceptos para la vida de los individuos y de las sociedades doméstica y civil, en que estriban las ciencias económica y política. De aquí aquellas luminosas enseñanzas de la segunda parte de la Suma Teológica, acerca del régimen paterno o doméstico y del régimen legítimo de la ciudad o nación, del derecho natural y del derecho de gentes; de la paz y de la guerra, de la justicia y del dominio, de las leyes y de su observancia, del deber de atender a las necesidades particulares y a la prosperidad pública; todo ello así en el orden como en el sobrenatural.

Que si en la vida privada y en la pública y en las relaciones internacionales se guardasen exacta e inviolablemente estos preceptos, no sería menester más para conseguir entre los hombres la paz de Cristo en el Reino de Cristo, que el mundo anhela vehementemente.

De desear es que las enseñanzas del Aquinatense, en especial las relativas al derecho de gentes y a las leyes moderadoras de las relaciones entre los pueblos, más y más se estudiasen cuando se trata de poner los cimientos a la verdadera «Sociedad de Naciones», que dicen.

*Encíclica Studiorum Ducem*

## ... porque, a la vez que las de la inteligencia, satisface las aspiraciones del corazón

El católico sincero, a quien retengan de creer en la trascendencia de la misión actual de Santo Tomás y de su posibilidad de orientar el pensamiento contemporáneo, los prejuicios divulgados en contra de su doctrina, acusada de exclusivo intelectualismo y de ser por tanto incapaz de llenar las necesidades del corazón moderno,

obedezca la exhortación que Pío XI dirige «a cuantos tienen hambre de verdad: Id a Tomás». Vaya, pues, a sus obras para percibir por sí propio la verdad de las afirmaciones pontificias, que también en aspecto tan importante y debatido no pueden ser más elogiosas para el Doctor Eucarístico.

Santo Tomás, al tratar de Dios en sus enseñanzas y escritos dió a los teólogos un luminoso ejemplo de la estrechísima relación que debe haber entre los estudios y los sentimientos del alma.

Y así como puede decirse que no tiene noticia exacta de un país lejano el que no conoce su disposición y ha vivido en él por algún tiempo, así nadie podrá adquirir conocimiento exacto de Dios con sólo la investigación científica, si no está, además, en perfecta unión con El. Y a esto precisamente tiende toda la teología de Santo Tomás: a conducirnos a vivir una vida íntima con Dios.

¿Y dónde se encontró en otros más claro que en el Doctor Angélico este lenguaje de la Sabiduría, siendo así que a él no le bastó instruir la mente de los hombres sino que con todo ahinco procuró excitar sus voluntades al amor del grande Amor, que es la causa de todas las cosas?

*Encíclica Studiorum Ducem*

# TRES ANTITOMISMOS

## 1.º - Un antitomismo escolástico



«Para evitar los errores que son causa y origen de todas las miserias de nuestros días, hay que ser fieles, hoy más que nunca, a la doctrina del Aquinatense.»  
(Pío XI, Encl. *Studiorum duces*.)

Hace tiempo que está en poder de nuestra Redacción un artículo del Rdo. P. Pijoan, O. Fr. M., continuación del diálogo que ha tenido la amabilidad de sostener conmigo desde estas mismas columnas. El retraso en su publicación no ha tenido otro motivo que el de darle mayor realce, incluyéndolo en el número que, en una incipiente tradición de tres años, dedica CRISTIANDAD a celebrar la festividad de Santo Tomás.

En contestación a su artículo, tengo el propósito, por esta vez, de confiar la exposición de mis puntos de vista a persona de autoridad casi irrecusable en este caso: me refiero a uno de los más ilustres hijos de San Francisco que últimamente ha habido en Cataluña, a saber: el Reverendo P. Miguel de Esplugues, antiguo provincial que fué de los capuchinos; limitándome yo por mi parte a hacer una breve presentación que encuadre ambos trabajos.

Escribe el P. Miguel de Esplugues:

«Nunca se ha visto que un hombre extraordinario —y a mayor abundamiento, un genio como Santo Tomás— haya dejado de suscitar a su alrededor una oposición encarnizada. Forzosamente, pues, había de acumularse y estallar en torno al magisterio solidísimo del Angélico.»

Esta oposición ha luchado contra Santo Tomás «no tan sólo como él fué en realidad, sino además por lo que ha venido representando en el curso de los siglos su nombre, su doctrina y sus métodos».

Mas esta oposición no siempre tiene el mismo carácter, sino que hay diversos grados y matices en ella. De suerte que la palabra «antitomismo» puede ser sinónima, desde este punto de vista:

«1.º De tendencias e idearios divergentes dentro de la Escuela.

»2.º De tendencias e idearios antiescolásticos.

»3.º De tendencias e idearios anticristianos.»

\* \* \*

Vamos a referirnos hoy tan sólo al antitomismo escolástico. En realidad, tal vez esta calificación sea un poco dura en muchos casos, atendiendo a que la intención de muchos autores no es tanto oponerse directa y positivamente a Santo Tomás, como, simplemente, vindicar la legítima libertad de pensamiento en aquellos puntos en que la Iglesia la permite y la desea.

Así, no se proponen luchar contra el magisterio de Santo Tomás, sino más bien contra la exclusividad de este magisterio, unos porque creen que hay «un hemisferio escolástico que Santo Tomás no es capaz de representar»; otros porque les molesta la pretensión de ciertos intérpretes de hablar «en nombre del tomismo», junto con las condevas demasiado duras que pronuncian a veces contra los que entienden con más laxitud la doctrina del Santo.

Hasta aquí están en su derecho y no me costaría reconocer que incluso en su deber.

El defecto de su posición, en cambio, suele consistir, a mi entender:

1.º En no acudir directamente a Santo Tomás para buscar a fondo y sin prejuicios cuál es su auténtico pensamiento.

Estamos convencidos de que muchas de las divergencias existentes cesarían, y ello con gran provecho.

Citemos como ejemplo de ellas la que suscita el calificativo de «intelectualismo» con que se intenta caracterizar hoy la doctrina del Santo.

Ciertamente, nadie como Santo Tomás ha apreciado lo que es la inteligencia, fundamento de la dignidad humana; y por otra parte, cuando los Papas nos proponen al tomismo como remedio a los males presentes es natural que piensen primordialmente en un remedio para la inteligencia; mas con el término de «intelectualismo» ha venido a significarse prácticamente una doctrina que concede valor tan sólo a la inteligencia, limitándola aún al conocimiento conceptual y discursivo. ¿Qué consecuencias se han seguido de esta interpretación evidentemente restrictiva de la mente del Santo, y que el modernismo se ha complacido perversamente en divulgar?

Que la doctrina de Santo Tomás ha aparecido como incapaz de ponerse realmente en contacto con la existencia y la vida, ya que lo que existe nos está dado, inmediatamente, por nuestras facultades de conocimiento sensible; y por otra parte, considerar que la doctrina de Santo Tomás es árida y enjuta, incapaz de mover, por consiguiente, nuestra imaginación y nuestro corazón.

Cómo esta interpretación haya llegado a convertirse en tópico, Dios lo sabe; con todo, ella constituye una gravísima deformación del pensamiento del Angélico que mantiene alejados de él, incluso dentro de la Escolástica, a extensos sectores.

2.º En no reconocer la preferencia que la Iglesia concede a la doctrina del Angélico, adoptándola oficiosamente como propia.

Ciertamente, la Iglesia no se opone a que doctrinas diversas del tomismo se divulguen, mientras estén dentro de la sólida tradición escolástica; que es tanto como decir mientras no comprometan aquel acervo fundamental de verdades que constituyen los «preambula fidei». Con todo, ello no quiere decir que equipare estas doctrinas con la de Santo Tomás, ni que las considere y recomiende positivamente como igualmente seguras.

Creemos que la posición que adopta el P. Miguel de Esplugues es la correcta y exacta en esta materia, y por ello la reproducimos hoy.

¿Habrá servido este diálogo, amigo lector, para hacerte entrar en aprecio del Angélico, para provocar en ti la decisión de estudiar el pensamiento de la Iglesia?

No es otro el empeño que me ha llevado a escribir sobre estos temas, como no dudo lo es el del Rdo. P. Pijoan. Nuestra mutua crítica tiene sinceramente como fin el mayor fruto del pensamiento filosófico, para bien de la Iglesia: «Ut fructum plus afferat». Uno y otro no pretendemos otra cosa que ser fieles al espíritu auténticamente católico, y de rechazo moverte a ti, que has tenido la benevolencia de escucharnos, a procurar por tu parte lo mismo.

Jaime Bofill

# Cuestiones de Escolástica

A raíz de una alusión que me permití hacer a sus artículos sobre «Filosofía Escolástica o Filosofía Tomista», publicados en esta Revista, el Sr. Jaime Bofill tuvo la deferencia de dedicarme todo un artículo (1) que, al par que agradezco, me obliga a responder, aunque no sea más que a título de urbanidad y buena crianza. Ya indiqué claramente que no era mi intento levantar la polvareda de una discusión, y esto vuelvo a repetir ahora. Debo confesar además desde el principio que, después de leer y examinar detenidamente el artículo del Sr. Bofill, estoy más convencido, si cabe, de lo que había escrito. Y no lo tome a mal el benigno y distinguido contrincante, pues estoy igualmente persuadido que lo mismo le pasará a él al terminar la lectura de estas líneas. Total: que se vendrá a confirmar lo que dejé escrito: que es inútil resucitar cuestiones como la presente. «Hay problemas perennes, cuya consideración es perennemente fecunda», escribe el señor Bofill. Corriente. Pero que tal sea el que nos ocupa, no.

Ni la cuestión de *¿Filosofía Escolástica o Filosofía Tomista?* librará a nadie del escepticismo, ni llenará ningún vacío espiritual. Se ha suscitado ya en múltiples ocasiones en Francia, España, Italia y últimamente en Yugoslavia, y siempre ha terminado en tablas. En todo caso, el único resultado positivo fué una actitud de benévola comprensión, simpatía y adhesión cada día más acentuada, hacia la Escuela Franciscana, en hombres de ciencia, como Grabmann, De Wulf, Gilson, Ehrle, Pelster y otros.

Pues entonces, ¿a qué volver sobre ello? Vuelvo sobre ello en vistas a los neutrales, a muchos lectores de CRISTIANDAD, para que sepan que no todos, ni mucho menos, piensan como el Sr. Bofill, ni nadie está obligado a seguirle en su opinión. Y que los que tenemos otra convicción nos consideramos igualmente dignos de militar bajo las consignas de los Romanos Pontífices, cuyos textos él trata de explicar.

## El pensamiento del Sr. Bofill

Divídese el artículo del Sr. Bofill en cinco apartados. El primero es de presentación y excusa por su tardanza en responder —dice—. A fuer de sincero, debo decir que, lejos de tomar a descortesía la tardanza, no había tenido siquiera la pretensión de esperar una respuesta. Pero como sea que ésta ha llegado, muy bien venida sea. Si el artículo terminara con el apartado tercero, estaríamos perfectamente de acuerdo, pues establece en los apartados segundo y tercero principios muy conciliadores; pero sucede que en el apartado cuarto, los principios, que anteriormente había dejado tan bien sentados, se vienen abajo, para llegar a una conclusión que en manera alguna puedo resignarme a aceptar. Veamos cómo es eso:

La identificación —dice, transcribiendo mis palabras— entre filosofía escolástica y filosofía tomista en sentido histórico es inaceptable (2). Tampoco quería insinuar —prosigue— que para la Iglesia la única filosofía sea la tomista, sino que mi intento era departir con los lectores de CRISTIANDAD sobre el alcance respectivo de las locuciones «Filosofía escolástica» y «Filosofía tomista» que utilizan los Pontífices al proponer el retorno a la tradición.

Pero resulta que todo el apartado cuarto va destinado a demostrar que para la Iglesia no hay otra filosofía esco-

lástica que la tomista: «Mi interpretación (de los documentos pontificios) —dice— me parece ecuaníme: por una parte reconocer la especial e innegable recomendación que hace la Iglesia de la filosofía de Santo Tomás; por otra, que esta recomendación no es «exclusiva», sino «inclusiva» de los sistemas de los otros Doctores que por cualquier razón completen o refuercen al tomismo o simplemente coincidan con él».

Por lo tanto —digo yo—, todo sistema que no COINCIDA con el tomismo o que lo CONTRADIGA, según el Sr. Bofill, *anathema sit*. Claro que en seguida se apresta a atemperar el rigor de esta conclusión y salvar a los demás sistemas católicos, fundiéndolos todos dentro del tomismo, al decir con Cayetano que Santo Tomás recibió la inteligencia de todos los Doctores que le precedieron, resumiendo de modo admirable todas sus doctrinas, y de él, de Santo Tomás, recibieron las suyas los que le siguieron.

Las palabras de Cayetano, además de ser una exageración piadosa, no prueban nada, pues habla solamente de predecesores y seguidores, y nada dice de los contemporáneos (3).

El punto de vista del Sr. Bofill se deriva de la interpretación de dos textos, uno de Pío X y otro de Pío XI (apartado cuarto, letras *d, e*):

«Habiendo Nos dicho en el lugar citado (Encíclica *Pascendi*) que la Filosofía de Santo Tomás se ha de seguir «principalmente», y no habiendo escrito la palabra «únicamente», algunos han creído que se conformaban con nuestra voluntad o al menos que no se oponían a ella, si en las materias enseñadas en Filosofía por cualquiera de los Doctores Escolásticos, aunque estas enseñanzas se opusieran a los principios de Santo Tomás, optaban indistintamente por ellas. Mas su parecer les ha engañado en gran manera.»

«Entre los amadores de Santo Tomás, como conviene que sean todos los hijos de la Iglesia que estudian disciplinas superiores, deseamos aquella honesta emulación en justa libertad en la que progresan los estudios (...). Que todos procedan de acuerdo con esa norma, de manera que todos puedan llamarlo en verdad su Maestro.»

«Pero no exijan de otros más de lo que exige de todos la Iglesia, Maestra y Madre de todos; en estas cuestiones de que suelen disputar las escuelas en contrarias partes los autores de más renombre, a nadie ha de prohibirse seguir la sentencia que considere más verosímil.»

Y concluye el Sr. Bofill: «Esta libertad de espíritu se deja POR CONSIGUIENTE, con respecto a los puntos que discuten los autores de más renombre, en tanto que no se oponen explícitamente a los principios fundamentales del Maestro común».

No, Sr. Bofill, no; lo que usted dice no se sigue de los

(3) ¡Válgame Dios!, pues y para qué tenía que venir Escoto a abrir el paso al Dogma de la Inmaculada, si ya lo había dicho Santo Tomás. Pues claro que lo había dicho, si ya antes que él lo habían dicho otros, y recibió —según Cayetano y el señor Bofill— la inteligencia de todos los que le precedieron. Lo malo fué que los tomistas no se dieron cuenta hasta el año 1854. De haberlo sabido antes, se habrían ahorrado millares de páginas que por cierto no dicen mucho a favor de los que se precian de ser tributarios de Santo Tomás. Pero el argumento de Cayetano —calificado de muy bueno por el señor Bofill— no falla: todo lo bueno que tenemos lo hemos recibido de Santo Tomás; ergo la Inmaculada Concepción debe estar en Santo Tomás. *Post Thomam, lumen gloriae. Porro unum est necessarium: la Suma de Santo Tomás; lo demás se os dará por añadidura, es decir, no vale la pena. Así viene a decirlo el señor Bofill cuando, hablando de San Buenaventura, después de citar un párrafo laudatorio de un Papa, añade: «Mas ¿quién negará que lo más sólido de sus doctrinas está virtualmente incorporado en la síntesis tomista?».* Si esto lo leyera Gilson, lo menos que podría decir es, o que se trata de un juego de palabras, o que su autor no ha leído a San Buenaventura.

(1) CRISTIANDAD, núm. 49, págs. 157-58.

(2) Véase CRISTIANDAD, núm. 38, pág. 461.

## A GUISA DE TERTULIA

textos citados. El Sr. Bofill quiere que la libertad concedida por Pío XI sea restringida por los principios un tanto rigurosos de Pío X; cuando en verdad debe ser lo contrario: los principios de Pío X deben alojarse según la libertad concedida por Pío XI.

A *priori*, si nouviésemos más que los dos textos, el mismo derecho tendría una interpretación que otra, siendo por tanto injusta la pretensión de imponer una determinada.

Pero no hay que olvidar que entre la declaración de Pío X y la de Pío XI transcurrió un plazo de casi veinte años, y por cierto, no en vano. Entre los Papas referidos hay que colocar a Benedicto XV, y durante este tiempo tiene lugar el episodio de las 24 tesis.

Considero muy natural que la declaración que yo atribuía a la Sagrada Congregación sorprendiese al Sr. Bofill, pues ella se opone *per diametrum* a su pensamiento. Voy a satisfacer sus deseos, tratando del autor de dicha declaración y de su contenido.

### Autor

Aprovechando el ambiente algo cargado de exclusivismo que, iniciado en tiempos de León XIII con la declaración de Santo Tomás como Patrono de las Escuelas católicas, llegó a su punto álgido con Pío X, favorecido por las circunstancias del Modernismo que obligó a la Iglesia a adoptar formas un tanto rígidas, creyeron algunos tomistas llegado el momento de dar la batalla decisiva para acabar con la cuestión de las rivalidades y establecer definitivamente un Maestro Unico: Santo Tomás. Y dieron la batalla, sintetizando en 24 puntos las doctrinas filosóficas y teológicas del Santo que les parecieron fundamentales, y las presentaron a la Sagrada Congregación, para su aprobación oficial, y la obtuvieron.

Con esto el triunfo del tomismo parecía asegurado; pero no fué así. Esta vez la encargada de desviar el golpe fué la inclita y por tantos motivos benemérita Compañía de Jesús, que juzgó amenazadas algunas de sus posiciones tradicionales. El entonces General Wladimiro Ledochowski intervino para dilucidar el sentido de la aprobación de las 24 tesis; y el resultado fué el Documento sobre los estudios (4) que dirigió a sus súbditos, fechado el 8 de diciembre de 1916, en Zizers (Suiza), en el que se contiene el texto por mí citado.

Por lo tanto, el texto ¿de quién es? Del General de los Jesuitas, que se hace intérprete del sentir de la Sagrada Congregación. Con esto sólo, el texto sería de un valor inapreciable, mayormente si se tiene en cuenta que la Sagrada Congregación nunca lo desautorizó.

Pero hay más: el Documento del General se publicó precedido de una carta del Papa Benedicto XV (5), fechada el 19 de marzo de 1917, en la que aprueba la posición adoptada por Ledochowski acerca del modo de seguir las doctrinas de Santo Tomás, particularmente en el caso de las 24 tesis. Con lo cual la autoridad del Documento, y por lo tanto de la frase en cuestión, alcanza proporciones indiscutibles de valor oficial.

### Contenido

Dice el Sr. Bofill que la susodicha declaración «no implica censura para otras doctrinas por el mero hecho de que se funden en tesis diversas, ya que no contrarias».

(4) Cfr. Acta Romana S. J., a. 1917.

(5) Epístola ad A. R. P. Wl. Ledochowski. Cfr. Acta Romana S. J., a. 1917, págs. 318-19.

La palabrita contrarias estorba al Sr. Bofill; y es natural, pues si la declaración dice que el hecho de aprobar las 24 tesis tomistas no quiere decir que las contrarias no puedan ser igualmente seguras, la interpretación del señor Bofill y toda su posición no puede sostenerse. Veamos, por tanto, lo que dice la declaración: «Como sea que ella (la Sagrada Congregación) no quiso que aquellas tesis se impusiesen como necesarias, sino solamente como seguras normas directivas, no negó por tanto que las contrarias puedan decirse igualmente seguras» (6). La palabra latina *oppositas* debe traducirse por *contrarias*, y no por *diversas*.

Y prosigue la declaración: «Por consiguiente, los que siguen la doctrina de Santo Tomás tienen plena potestad de defender algunas tesis *contrarias*» (7). Otra vez la palabra *oppositas*, que también aquí tiene su única traducción exacta en *contrarias*, *opuestas*, si se quiere, pero no simplemente *diversas*. Y añade: «Según la mente de la Sagrada Congregación, aquellas tesis expresan la doctrina de Santo Tomás sobre el particular, pero no de tal manera que en general deba decirse que no sigue al Angélico Doctor quien no se crea obligado a seguir dichas tesis. De lo cual claramente se sigue que se satisface plenamente a la prescripción de Pío X, aunque no se profesen todas las 24 tesis, con tal que se propongan como normas directivas» (8). Tenemos aquí una declaración de las palabras de Pío X contraria a la del Sr. Bofill. No solamente se deja la libertad de seguir doctrinas contrarias a las de Santo Tomás, sino que aun aquellos que no le siguen en alguna de sus doctrinas fundamentales, expresadas en las 24 tesis, pueden decirse seguidores del Doctor Angélico y llamarle su Maestro.

A esto hay que añadir las palabras de Benedicto XV, quien por su parte declara: «Juzgamos que pensaste rectamente cuando dices que se adhieren suficientemente al Doctor Angélico los que proponen todas las tesis (las 24) de la doctrina de Santo Tomás como normas seguras de dirección, pero sin imponer a nadie obligación alguna de abrazarlas» (9).

Cuán lejos estamos de la menguada libertad que nos concede el señor Bofill, fundado, a su parecer, en el texto de Pío XI. Pero el texto de Pío XI no debe ser estudiado al lado e inmediatamente después de Pío X, sino después de Benedicto XV —del cual depende— como pide la historia. Y estudiado así, no desplazado, sino dentro de su marco histórico, no creo pueda negarse su valor para salvaguardar la libertad que la Iglesia nos concede y recomienda, dentro de la unidad del Evangelio y de la Tradición.

Nuestro Maestro Unico es Cristo; y de los Doctores que nos llevan a El podemos seguir el que más nos agrade, pues la Iglesia venera a todos por igual. Nada de *exclusivismos* ni de *inclusivismos*. A cada uno lo suyo, y en paz.

Fr. José Pijoan

(6) Cum enim haec (S. Congregatio de Seminariis) non voluerit ut imponerentur theses illae veluti necessario tenendas, sed tantum ut proponerentur veluti tamen normae directivae, propterea minime negavit *oppositas* quoque tutas dici posse.

(7) Proinde plena remanet potestas iis qui doctrinam S. Thomae sequuntur quasdam *oppositas* defendendi.

(8) Iuxta mentem S. Congregationis illas theses exprimere quidem in re peculiari doctrinam S. Thomae, non ita tamen ut generatim dici debeat Angelico Doctori non adhaerere qui minime censeat praedictas theses esse necessario defendendas. Foe quo aperte consequitur plane satisfieri praescriptioni a Pío X factae, etiamsi non teneantur omnes 24 theses, dummodo illae proponantur uti normae directivae.

(9) Quo quidem in iudicio recte Nos te sensisse arbitramur, quum eos putasti Angelico Doctori satis adhaerere, qui universas de Thomae doctrina theses perinde proponendas censeant, ac tutas ad dirigendum normas, nullo scilicet omnium amplexendarum thesium imposito officio.

# La filosofía de Santo Tomás, en la perspectiva del Reino de Cristo

Por el P. MIGUEL DE ESPLUGAS, O. M. Cap.

## La Encíclica de Pío XI

Justamente, fechándola en la solemnidad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo,

«*Romae parentes arbitrique gentium*» nuestro Santísimo Padre Pío XI acaba de ofrendar este monumento de sabiduría a la Cristiandad, mayormente a la clerecía toda, «luz del mundo y sal de la tierra».

Evidentemente, es una Encíclica complementaria del pensamiento altísimo de la *Ubi Arcano* en la que le plugo decir al mundo cristiano la palabra esencial de su Pontificado: «*Pax Christi in Regno Christi*».

Aprovechando el sexto centenario de la canonización de Santo Tomás, el objetivo de la nueva Encíclica es reforzar una vez más, presentándola bajo los aspectos más variados y sugestivos, AQUELLA EXCEPCIONAL SOLIDARIZACIÓN DEL PENSAMIENTO DE LA IGLESIA CON EL PENSAMIENTO DEL DOCTOR ANGÉLICO, por obra de la cual Santo Tomás ha venido a ser «*príncipe*» entre los doctores mismos del Cristianismo y es del modo más estricto, el «*Doctor óptimo*» que menta la liturgia de los santos doctores.

¿A qué causas puede ser debida una solidarización tan excepcional en la historia del pensamiento cristiano? Porque, con sólo pasar la vista por el documento pontificio —ajustada síntesis— de los principales factores del doctorado del Angélico—, aparece bien claro que dicha solidarización de la Iglesia con Santo Tomás no responde —ni podía responder de ninguna manera— a una arbitraria predilección de Pío XI, o de otros Papas en los tiempos pretéritos, hacia el Doctor Angélico.

Un hecho tan maravilloso y de tanta trascendencia, TAN SÓLO PODÍA SER ELABORACIÓN PERSISTENTE Y PROGRESIVA DE LA IGLESIA TODA, con los Papas, naturalmente a la cabeza, pero con la sanción de los Concilios ecuménicos más célebres, y con la obligada colaboración de la Cristiandad moralmente toda, y en primer término de su sector docente.

En consecuencia, este sector —que desde Santo Tomás, y mucho más desde el Concilio tridentino, gran mojón del triunfo del Angélico, sigue en funciones de Iglesia docente en cuanto a la masa del pueblo cristiano— en cierta manera ha pasado a la condición de discípulo, humildemente y universalmente discípulo, del Ángel sublime de las Escuelas, del maestro de maestros y doctor de doctores de la verdad cristiana.

Aludimos, al formular este enunciado, a la gran exactitud con que se ha dicho que es Doctor del Cristianismo «no aquel que enseña en la Iglesia, sino aquel que enseña a la Iglesia». De donde resulta que, hasta cierto punto, la Iglesia es discente, no tan sólo respecto a Santo Tomás, sino respecto a todos aquellos que Ella misma, con la infalibilidad de su magisterio, consagró —anteriores o posteriores al Angélico— como doctores suyos.

Pero lo característico de Santo Tomás es que haya pasado a ser pensamiento de la Iglesia, y a menudo dogma de la Iglesia, *casi todo* su ideario vastísimo, y por descontado todo lo que hay de esencial en el ideario del glorioso «*studiorum dux*», como le llama el Papa.

Ahora bien: lo que ahora nos proponemos es averiguar los límites, el alcance, el sentido, las razones, si es posible, incluso los matices, de una tan extraordinaria convergencia doctrinal; y a través de esta tarea investigadora, tejer un sencillo comentario de la Encíclica.

## El pensamiento de Santo Tomás en la Iglesia Católica

Antes de Santo Tomás eran siete u ocho los Doctores que la Iglesia consideraba como los sumos Maestros de la Cristiandad; faltaba, sin embargo, el *Doctor Doctorum* en

la medida en que ha venido siéndolo el Angélico Doctor durante seis siglos, y con tendencia ha venido siendo cada día más.

Averigüemos, pues, qué es y qué no es el Angélico Doctor para la Iglesia, de la que resulta a la vez hijo meritísimo y uno de los maestros más insignes, único, a su manera, según hemos dicho y repetido ya.

Por supuesto que la Iglesia, en primer lugar antes de Santo Tomás ya *era toda* orgánicamente. Cristo, Redentor de los hombres, su fundador, había delineado taxativamente los factores esenciales de su constitución. La Iglesia, en consecuencia, se dividiría en jerarquía y pueblo fiel. El pueblo cristiano había de formar una hermandad universal, basada en un solo Padre que está en los Cielos.

Pero este reino innumero, «reunido de toda tribu, lengua, pueblo y nación» como Reino en la tierra del Dios de los Cielos, estaría regido por una jerarquía divinamente instituida, bajo la presidencia omnimoda del Vicario del mismo Cristo. Sobre él, *Piedra* incommovible, estaría edificada toda la Iglesia de Dios y el Reino visible de su Cristo.

Considerada de esta manera, y reducida numéricamente a mínima expresión —el *pusillus grex* del Evangelio— claro que la Iglesia ya *era toda* desde el tiempo del mismo Cristo.

*Era toda*, no sólo orgánicamente, sino doctrinalmente. Desde la edad apostólica se había cerrado el periodo de la divina revelación. Toda verdadera semilla celestial había sido ya sembrada, para salud de los hombres, en el campo del gran Padre de familia.

Por obra de un proceso de desarrollo (pleno desarrollo porque la doctrina ortodoxa fué esclarecida, precisada y definida dogmáticamente con fórmulas diáfanas y al alcance de todos; y asimismo porque, con motivo de las herejías, los hombres superiores del Cristianismo habían puesto en juego todos sus recursos doctrinales y dialécticos, desplegaban todas las eficacias de su genio poderoso y de su cultura, en general vastísima y selecta) el riquísimo patrimonio de la cultura cristiana y cristianizada fué tomando proporciones inmensas: toda la doctrina de la revelación —Tradición y Escritura— poco a poco se había ido transformando en cultura ampliamente cristiana, de preferencia escripturaria y teológica.

Pues bien; justamente porque fueron muchos los Doctores de la verdad cristiana —y algunos, como San Agustín y San Jerónimo, de una talla tan excepcional, que cada uno puede llamarse máximo en su género— era más de lamentar y más perjudicial que faltara el *Doctor Doctorum*.

He aquí la obra y la gran gloria de Santo Tomás. Su gran gloria y también (para que no lo tomen a mal los mezquinos regatones de la misma) su gran limitación, no diferente ni menos obligada que todas las limitaciones de todos los hombres que culturalmente han ocupado una posición análoga a la del Doctor Angélico.

La gran gloria de Santo Tomás radica en que, aquel Cristianismo, aquella Iglesia Católica que, naturalmente, antes de él *era toda* orgánicamente y *era toda* doctrinalmente, antes de él nadie la había *pensado toda* íntegramente y con miras a una estructuración científica, si más no con una ciencia de tono suficientemente positivo como lo exige la esencial romanización del Reino de Cristo.

Nadie había osado enfrentarse con *toda* la filosofía gentilicia, y con *toda* la revelación cristiana, y con *todos* los Santos Padres de la Iglesia —comentaristas fragmentarios suyos— y después de asimilar todos estos fragmentos de la *cultura perennis* —porque son los factores esenciales e integrales del doble concepto eterno de Humanidad y Cristianismo— edificar, con su producto quintaesenciado, edifica sobre sus bases perennes y en sus líneas inmuta-

bles, la genuina ciencia cristiana: la filosofía y la teología nuestras.

Hay que decir, en obsequio a la verdad, que esto de mirar de hito en hito a la cultura universal, no fué, en el siglo XIII, una cosa particular de Santo Tomás, sino una característica de las Escuelas. Mejor dicho: las Escuelas —de las que Santo Tomás es el Ángel por antonomasia— ya habían nacido de esta doble idealidad creadora: el enciclopédismo cristiano de la cultura y el ideal de dar carácter rigurosamente científico a las disciplinas directa o indirectamente basadas en la Revelación.

No pretendemos, pues, atribuir a Santo Tomás un mérito que no es peculiar suyo, sino que hay que repartir entre todos los grandes maestros que le precedieron y que le siguieron. No pretendemos esto, porque es demasiado grande y positiva la gloria intransferible de Santo Tomás para que le haga falta vestirse con reflejos de la gloria de otros. SU GLORIA NO CONSISTE EN SER EL ÚNICO EN LAS ESCUELAS, SINO EL REPRESENTATIVO EN LAS ESCUELAS.

Debe ser también por esto por lo que, no tan sólo es el mayor por consagración solemne de la Iglesia y por dictamen inapelable de la historia, sino que es el único superviviente y triunfador glorioso de los inmensos batacazos que, en sentido cultural cristiano, representan estos nombres: Renacimiento, Reforma protestante y Filosofía moderna, Enciclopedia del siglo XVIII y Racionalismo contemporáneo en todas sus formas, que son innumerables.

Pues, de este general hundimiento, nótese bien, tan sólo se ha salvado con resplandor que no es posible eclipsar y ejerciendo un imperio cristiano universal, el nombre y la posición del Ángel de las Escuelas. He ahí su gloria, intransferible e incommunicable.

Los otros maestros, después de estos trastornos, quedan como islotes flotantes que a penas es dado vislumbrar sino a la reducidísima población espiritual superviviente gracias al favor de nacionalidad, institución o escuela que, con un sentido más romántico que romano, lucha desesperadamente para vivir o morir con la vida de estos ídolos pasados.

No hace falta decir que de este juicio —por otra parte creemos bien imparcial y objetivo— exceptuamos al Doctor Seráfico, pero sólo a él. *Porque todos los Doctores del Cristianismo, mayormente un tan insigne Doctor de la Cristiandad, por el mero hecho de ser declarados Santos y Doctores, quedan incorporados a la vida y a la liturgia católica, participando de la eterna vitalidad de la Iglesia, que ellos momentáneamente reanimaron y de la que deriva la savia divina que les comunica la inmortalidad.*

Hemos dicho, sin embargo, diversas veces que, incluso comparativamente con los demás Doctores de la Iglesia, es notorio el principado único de Santo Tomás.

Desde este punto de vista no tiene nada de irreverente, sino mucho de objetividad, la afirmación de que el grupo de los Doctores de la Iglesia es como una oligarquía de la secular cultura cristiana: y presidiendo esta noble oligarquía está Santo Tomás, verdadero y único monarca cultural del Cristianismo.

La razón de este principado único es que, tomada en conjunto, ningún otro Doctor concibió tan integralmente, ni explicó tan diáfananamente, ni articuló tan vigorosamente la obra del Cristianismo como el Angélico maestro. E incluso sus métodos, para llegar a un grado tan alto de penetración y reflejo de la vastísima concepción cristiana, están también absolutamente en coincidencia con los métodos y temperamento que exige la condición esencial del Cristianismo.

Lo mismo que se cuenta de Santo Tomás, que Jesús le dijo: «Bene scripsisti de me», esto mismo —verdad histórica o simple leyenda, es igual aquí— se lo viene diciendo la Iglesia, al tiempo que le declara, con su autoridad irreformable, «*Studiorum Dux*» y «*Doctor Communis*» de toda la Cristiandad.

### Organización y estallido del «Tolle Thomam, et dissipabo ecclesiam Dei»

Nunca se ha visto que un hombre extraordinario, y a mayor abundamiento un genio como Santo Tomás, haya dejado de crear a su entorno una oposición encarnizada. Forzosamente, pues, había de acumularse y estallar al entorno al magisterio solidísimo del Angélico.

Debemos, pues, inferir que el ascendente tomista, que el éxito resonante del tomismo (éxito que muy pronto, ya en vida del mismo Santo, fué tan intenso que en su propia Orden eclipsó luminares esplendorosos como Alberto el Grande) necesariamente había de producir un antitomismo formidable.

Un antitomismo, cuyo fondo substantivo sería la diversidad de idearios y la diversidad de configuraciones psicológicas, con la consiguiente diversidad de temperamentos científicos, sobre todo en filosofía y teología: ciencias que por entonces resumían toda la cultura.

Pero, ultra esto, el antitomismo vendría a ser a la vez el aglutinante poderoso de mil otros bajos estímulos y concupiscencias, de mezquinos intereses de redil y de infatuadas vanidades humanas, pisoteadas indirectamente por este genio sublime aparecido en pleno siglo de oro de la Escolástica para resumir unas edades pretéritas a la vez que abriendo a las nuevas nuevas perspectivas, y «creciendo siempre, mientras menguaban todos sus adversarios».

En este punto de nuestras observaciones, debemos reunir y coordinar el estallido antitomista que va principalmente desde la aparición de Fray Tomás, como maestro, en la Universidad de París (no hace falta recordar más que la acometida brutal de Guillermo del Santo Amor, y los poderosísimos intereses que palpitaban a su regazo), hasta la Reforma protestante, herida de muerte en el Concilio tridentino, crisis triunfal del tomismo en la Iglesia.

Con todo, antes de recorrer *per summa capita* esta trayectoria, hay que insistir en tres afirmaciones fundamentales en estos comentarios: a) que en Santo Tomás coinciden dos valores muy distintos y complementarios: es un genio y es un símbolo; b) que, como hemos dicho y en el sentido en que lo hemos dicho, el Angélico es la misma Iglesia Católica pensada insuperablemente; c) que, ante todo, simboliza, en lo que tiene de más puro y robusto, la vasta concepción de las Escuelas.

En consecuencia, en el estudio de la oposición reunida bajo el nombre de estallido antitomista, tomamos a Santo Tomás, no tan sólo como él fué en realidad, sino por lo que en el curso de los siglos han venido representando su nombre, su doctrina y sus métodos.

Antitomismo, desde este punto de vista, es sinónimo:

- 1) De idearios y tendencias divergentes dentro de la Escuela.
- 2) De idearios y tendencias antiescolásticas.
- 3) De idearios y tendencias anticristianas.

(*Miscelánea de Filosofía Religiosa*. Barcelona, 1924.)

NOTA. — Cortamos por aquí estos fragmentos, que continuaremos en otra ocasión, allí donde el P. Miguel de Esplugas trata comparativamente de las figuras de Santo Tomás y San Buenaventura.



Convocado por el «Istituto di Studi Filosofici» de Roma, tuvo lugar a fines del pasado año, un Congreso Internacional de Filosofía con la participación de representantes de quince naciones y muy diversas tendencias filosóficas. Los temas a tratar fueron: I. El Materialismo histórico. - II. El Existencialismo. - III. - Los principios de las ciencias y el análisis del lenguaje.

### ¿Le queda al hombre otro camino que el de la desesperación, si no halla sus soluciones en Dios?

#### Discurso de S. S. Pío XII a los asistentes al Congreso Internacional de Filosofía

Con particular complacencia de Nuestro ánimo, ilustres profesores y eximios cultivadores de la más noble y elevada de las disciplinas humanas, os vemos reunidos en torno a Nos después de que, llegados a la Ciudad Eterna desde países próximos y lejanos, os habéis dedicado en vuestro Congreso Internacional de Filosofía a discutir algunos de los grandes problemas que en la hora presente preocupan el pensamiento humano.

Nos parece vislumbrar una especial afinidad entre vuestro asiduo trabajo y Nuestra misión apostólica, afinidad que os hace más próximos a Nos y que Nos hace más grato el recibiros y entretenernos con vosotros.

Si Nos hemos recibido de Jesucristo el oficio de anunciar al mundo la verdad, de guiar a los pueblos a su conocimiento, a que la amen, a que la pongan en práctica; de defender su pacífica difusión en todos los rincones del mundo, más allá de todas las fronteras, vosotros, por libre elección, en virtud de aquel amor que se encendió en vuestras almas por el conocimiento de la verdad que la Naturaleza encierra, os habéis dedicado a escrutar en el campo propio de la razón los principios fundamentales de la verdad, *no tanto como ejercicio estéril de vuestra mente cuanto por la urgente necesidad, profundamente por vosotros sentida, de esclarecer para vosotros mismos y para los demás las normas supremas que regulan el universo visible, dominan la materia y ofrecen una base estable a la vida.*

Por eso, el haberos reunido en esta Roma, desde donde hace ya casi dos milenios se difunde la palabra nueva que Cristo, heraldo divino, trajo a la tierra, y desde donde, como desde centro luminoso, se difunden los rayos de la verdad natural y sobrenatural, racional y revelada, adquiere ahora un significado especial. Vuestra presencia en la urbe y en este palacio apostólico muestra cuán profundamente habéis comprendido la necesidad de separar las preocupaciones humanas de las contingencias fugaces del mundo y elevar la mente de los cuidados materiales, que amenazan entorpecer el espíritu e impedir su vuelo hacia más excelsas esferas, donde todas las cosas se colorean de eternidad y donde vigoroso y potente se expande en anhelo hacia una visión más íntegra, más orgánica y unitaria de la vida individual y social.

¿Acaso no es especialmente indicada para conseguir esta gradual elevación de las almas y de las conciencias y la sublimación de las tendencias humanas hacia ideales altos, la disciplina que vosotros cultiváis y a la que dedicáis las fatigas mejores de vuestro entendimiento y la sagacidad más aguda de vuestro ingenio? Ya Platón, según el testimonio de Elio Aristide (Orat, 46, ed. Dindorf Lipsia, 1829; vol. II, pág. 408), definía a los filósofos como aquellos que, haciendo dejación de las cosas materiales, se elevan a la contemplación de las ideas.

El filósofo, desde los primeros albores de la vida, desde que el hombre comenzó a reflexionar sobre el mundo exterior y sobre el mundo interior, nunca ha quedado satisfecho con observar la superficie visible de las cosas que caen inmediatamente bajo la experiencia, sino que se ha esforzado por romper la corteza exterior, penetrar en su alma, atrapar su esencia, adivinar su naturaleza y su constitución íntima, hasta formarse un concepto abstracto de las particularidades contingentes, dándoles una existencia espiritual en su pensamiento. De esta manera, la Filosofía, mientras espiritualiza y ennoblece la realidad, descubre al mismo tiempo lo más racional que en ella misma está escondido, como cosa inaccesible a la acción de los sentidos, para detenerse sobre el objeto más propio de la mente dirigida a abrazarlo en una visión amplia y comprensiva.

Y no solamente ella despoja, por decirlo así, de su concreción material todas las cosas, sino que, además, las inunda con la luz de su universalidad. Como la mente humana no se sacia de las apariencias y no se detiene en los fenómenos, así no se calma con la contemplación separada y fragmentaria de las partes del Universo hasta que no ve su relación, hasta que no halla sus causas y sus efectos, hasta que no encuentra los principios que las gobiernan, las unen, las subordinan y coordinan en un cuadro acabado de armónica unidad. Nadie piensa ignorar y poner en duda el valor del análisis, a que tanto debe el progreso moderno. Pero ¿no es acaso verdad que la necesidad de la hora presente es la síntesis? *¿No se siente ya el peligro de que la ciencia actual, en cuanto es y debe ser generadora y defensora de la civilización, decaiga y se pierda en la fragmentación, en la estrechez, en el dominio absoluto de la especialización?*

Observad, ¡oh maestros del pensamiento!, a la joven generación. Vuelve con ansia los ojos a vosotros, porque siente que tiene el derecho de esperar de vosotros más que de otros muchos. *Desea ansiosamente pensamientos grandes, una síntesis intelectual, que den un sentido y un ORDEN A TODA SU VIDA.* Tras los inmensos horrores que esta juventud ha debido sufrir en los últimos años, siente la intensa necesidad de una concepción y

calmando el ansia de la joven generación que desea pensamientos grandes y necesita de una doctrina clara, fuerte, profundamente arraigada en el espíritu, para salvarse del materialismo o del abatimiento y la inacción.

rompiendo la corteza de las cosas y penetrando en su alma, en su intimidad.

Búsqueda y afán insaciable hasta lograr la contemplación de la armónica unidad del Universo,

calmando el ansia de la joven generación que desea pensamientos grandes y necesita de una doctrina clara, fuerte, profundamente arraigada en el espíritu, para salvarse del materialismo o del abatimiento y la inacción.

La búsqueda de los principios fundamentales de la verdad, no como ejercicio estéril de la mente,

sino como medio de elevación hasta la esfera donde las cosas se colorean de eternidad y donde la visión de la vida individual y social es íntegra y unitaria,

de una doctrina clara, fuerte, profundamente arraigada en el espíritu, si no quiere caer otra vez en un sórdido materialismo o en la rebusca de un éxito puramente mecánico, o bien en el abatimiento y en la inacción.

La inquietud, la angustia del hombre (1) puede ser distraída por un momento de la vista y del estudio de construcciones eruditas e ingeniosas: diversión de un instante, como un sueño en una noche agitada, si la construcción, aunque hábil y aparentemente equilibrada, no descansa sobre la roca. Hasta que él no obtenga una respuesta definitiva y satisfactoria a las cuestiones: *cuál es el sentido de la vida, el sentido del dolor, el sentido de la muerte* (2), conservará la impresión, por desgracia real, de que el terreno le falta bajo sus pies. Pero *¿qué respuesta podrá dar una filosofía que no se apoya ella misma en un Dios personal, principio y fin de todas las cosas?* (3).

Una explicación puramente determinista y materialista del ser y de la Historia, irreconciliable con las más elementales verdades psicológicas, morales e históricas, no podría satisfacer al hombre ni darle la felicidad y la paz.

Con ocasión de vuestro Congreso, se ha hablado del existencialismo como de la «filosofía del desastre» y de dos repercusiones suyas: de una «oposición al intelectualismo por un irracionalismo pesimista», o bien de un «voluntarismo religioso». Filosofía del desastre: es decir, frente al «*délaissement*», al «*Geworfensein*», al abandono del hombre en el torbellino cósmico, después que la razón ha fracasado en su intento, después de haber buscado en vano el punto absoluto, el fundamento seguro sobre que pueda edificar sólidamente la vida. Nos no tenemos el propósito de entrar ahora en un estudio del existencialismo, pero preguntamos: *¿Le queda a la filosofía otro camino que no sea el de la desesperación si no halla sus soluciones en Dios, en la eternidad, en la inmortalidad personal?* (4). ¡Nos pensamos que los sucesos de los últimos decenios han hablado un rotundo lenguaje sobre las cuestiones que acabamos de enumerar! La filosofía perenne no corre ningún peligro de sumirse en un «irracionalismo pesimista», y menos todavía en un «voluntarismo religioso», como reacción contra un intelectualismo unilateral. Ella no puede ser ni una cosa ni otra: ni voluntarismo ni intelectualismo unilateral, porque, teniendo a Dios como clave de bóveda de su pensamiento, constituye necesariamente la unión de lo que en ambas hay de sano: es decir, la unión de un claro conocimiento y de una fuerte voluntad derivada de éste.

(1) La angustia es la experiencia fundamental del hombre según el existencialismo.

(2) Temas que trata preferentemente el existencialismo.

(3) Alusión al sentido ateo que caracteriza en general a dicha corriente de pensamiento, y a la vez al materialismo histórico, otro de los temas del Congreso.

(4) El destino del hombre para el existencialismo es «*sein-zum-toden*», «*ser-para-la-muerte*», también el materialismo histórico se funda en la negación de la inmortalidad.

*No se puede, con todo, concebir una voluntad firme en todas las condiciones de la vida si no nace de una profunda convicción intelectual.* Hasta el precioso tesoro de las venerables tradiciones, de las que la Roma clásica y, sobre todo, la Roma cristiana, están enriquecidas más que ningún otro centro de la civilización en todo el mundo, pierde todo su valor si su fundamento intelectual, las doctrinas religiosas y morales de las que tales tradiciones provienen, se desvanecen miserablemente. *En la afirmación incondicional de un Dios personal, propia de la filosofía, todas las cosas encuentran su explicación y su consistencia.* Porque esta filosofía no es solamente ciencia del pensamiento, sino también ciencia de la vida. Es maestra que enseña al hombre cuáles son los principios de acción más conformes con su esencia espiritual y racional, cuáles los deberes que para él se siguen de su especial y privilegiada situación en medio de los demás seres inferiores a él, cuál la misión que está llamado a realizar y a la que está obligado a subordinar toda su actividad, y ella lleva a cabo esta labor moralizadora, tanto en la vida intelectual cuanto en la social, esparciendo por todas partes la semilla fecunda de la idea, que arrastra los ánimos, corrige las desviaciones y guía por el camino, no siempre fácil de un progreso personal y colectivo, que no sea un vano lastre de adelanto técnico, sino una mejora substancial, moral y jurídica de la Humanidad.

¡Ilustres señores! Vuestro Congreso que hoy se clausura, y en el que han tomado parte insignes hombres de ciencia de muchas lenguas y naciones, es una prueba de que los hombres del pensamiento filosófico están movidos por el generoso propósito de colaborar con la pluma y desde la cátedra a la extinción de los odios, a la reconciliación de los pueblos y a la consolidación de la paz. Educad las nuevas generaciones hacia sentimientos de verdadera humanidad. Que sea cosa sagrada para los jóvenes todo lo que tiene aspecto humano; sagrada la familia, sagrado todo pueblo y nación, como es sagrado su propio pueblo y su propia patria. Fijense sus mentes en Dios, Padre común de todos, donde la filosofía halla su meta sublime y su más alta justificación.

Dándoos, pues, las gracias por vuestra presencia, seguimos confiados en la verdad y en el bien de vuestros estudios e invocamos sobre vuestros trabajos, sobre las fatigas anteriores de vuestro espíritu, sobre vuestras sanas intenciones y propósitos, sobre vuestras familias, sobre los que oirán vuestra palabra, fruto de una investigación honesta y severa, aquellos favores celestiales que han de dirigir vuestro pensamiento y vuestra vida hacia las metas marcadas en el secreto designio de la verdad y del amor divino, mientras que os damos de todo corazón, como prenda de las más abundantes gracias, a vosotros y a todas las personas que os son amadas, Nuestra bendición apostólica.

La voluntad firme depende de una profunda convicción intelectual.

Y todas las cosas encuentran su explicación y su consistencia en la afirmación incondicional de un Dios personal, propia de la filosofía.

Educad las nuevas generaciones de modo que sea cosa sagrada para los jóvenes todo lo que dice relación a lo humano.

La filosofía del momento — el existencialismo — «filosofía del desastre», conduciría al hombre a la desesperación, lo mismo que toda filosofía que no halle sus soluciones en Dios.

Esta filosofía perenne no puede ser ni voluntarismo ni intelectualismo unilateral.

Vladimiro Soloviev (1896)

# EL BIZANTINISMO EN RUSIA

Traducción de BOYAN MARCOFF



## I

Roma pagana cayó porque su idea de un estado absolutista y divinizado resultó incompatible con la verdad cristiana que acababa de revelarse y al demostrarse que el poder estatal sólo es representativo de la potestad divino-humana de Cristo.

La segunda Roma, es decir Bizancio, se derrumbó porque, aunque reconociera de palabra la idea del estado cristiano, sin embargo la ignoró de hecho, desviándose continuamente y sistemáticamente en contradictorias legislaciones y encontrados dogmatismos.

La decadencia de Roma antigua fué debida a su afán de divinizarse. Bizancio, si bien reconoció ideológicamente el Principio Supremo creyendo así salvarse, en realidad se limitó a recubrir su paganismo con una capa de aparente cristiandad y por esto se desmoronó igualmente.

Su caída fué una sacudida muy brusca para la conciencia histórica del pueblo que recibiera de Grecia, junto con el bautismo, la concepción del estado cristiano.

Esta caída creó en la conciencia nacional rusa la firme convicción de que el privilegio estatal cristiano correspondía desde entonces a Rusia, que era ella la «tercera y última» Roma. (1)

Bien se comprende que nuestros abuelos tuviesen tales aspiraciones al manifestarse la ideología en su forma primitiva de irreflexivos sentimientos o presentimientos. En cambio, a nosotros nos incumbe confirmar o refutar el aserto con razonamientos consecuentes basados en la experiencia histórica que nos asiste.

\* \* \*

«¡Dos Romas cayeron, Moscú es la Tercera y no ha de haber Cuarta!»

Si hemos de admitir la decadencia como propiedad común de Roma Primera y Roma Segunda, se impone ante todo el deber de averiguar las causas de sus respectivas caídas, a fin de indicar lo que ha de evitar la Tercera para no sufrir el mismo destino.

Si tan sólo se tratase de Roma pagana, la respuesta sería fácil. El Imperio Romano cayó porque se apoyaba en falsos principios que no pudieron resistir ni el primer embate de las verdades auténticas. Pero, ¿qué decir del ortodoxísimo Bizancio? Los principios que invocaba en su vida eran verdaderos y los ataques musulmanes no pueden considerarse arremetidas de orden superior. ¿Habría sucumbido, entonces, tan sólo ante la fuerza bruta?

Semejante suposición, además de inadmisible desde el punto de vista cristiano, asimismo es contraria a la razón y experiencia históricas, habiéndose demostrado hasta la saciedad que las fuerzas materiales exclusivamente carecen de potencia. No fué en virtud de la preponderancia material como los antepasados clásicos de los griegos bizantinos dominaron las potencias orientales, ni fué la superioridad numérica la que permitió a los españoles desalojar a los musulmanes de Europa precisamente cuando estaban en la plenitud de sus fuerzas, habiendo acabado de dominar el Imperio Oriental.

(1) Para los autores rusos, influenciados por la polémica entre griegos y latinos, la Primera Roma era la Pontifical y no la pagana.

La causa de la caída de Bizancio tuvo de ser necesariamente espiritual y, por otra parte, puesto que no procedía de la falsedad de su Fe, que era auténtica, debió radicar en el carácter equivocado con que admitieron la Fe, es decir, en la falsa interpretación del Cristianismo.

La Fe fué para ellos sólo objeto de culto y exponente de capacidad mental, mas no principio activo en la vida. Ufanos de su piedad y devoción no quisieron reconocer la sencilla verdad de que devoción y piedad auténticas requirieren que armonicemos nuestras vidas, en la medida de lo posible, con lo que creemos y lo que adoramos. No supieron ver que la preponderancia del estado genuinamente cristiano sobre todas las demás formas de gobierno radica precisamente en el espíritu que le anima.

Claro está que el reconocimiento escueto de que la profesión de las más elevadas verdades implica ciertos deberes en la vida, no significa aún el cumplimiento de los mismos; pero, en todo caso, el hecho de admitirlo ya mueve a realizar esfuerzos en la debida dirección y, aunque no se llegue a la perfección, se posee el necesario impulso perfeccionador interno.

En Bizancio precisamente se negaron a reconocer tales deberes propios de la vida cristiana, ni se impuso finalidad elevada alguna a la vida social y política.

Propia de todas las cosas de este mundo es la imperfección y no por imperfecto cayó Bizancio, sino porque no tuvo el afán de perfeccionarse.

Fueron gentes que a veces se arrepentían de sus pecados personales, pero echaron al olvido el pecado social común a todos, atribuyendo la ruina del estado a las faltas individuales de algunos.

Pero, si bien los pecados individuales del hombre pueden conducirle a la ruina como salvarle el arrepentimiento, ¿acaso hemos de admitir que de ello dependa el destino de las naciones?

Si tres hombres justos pueden salvar una ciudad lo harán a condición de ser justos íntegramente, es decir, sin limitaciones egoístas, pensando no solamente en ellos mismos, sino preocupándose también la suerte de toda la ciudad; y, si tal no hiciesen, serían tan culpables como los demás conciudadanos del pecado común que les ha de llevar a todos a la ruina.

Las naciones son unidades colectivas y, como tales, sólo se pierden en razón de sus colectivos pecados, del mismo modo pueden salvarse únicamente enmendándose socialmente, es decir, tratando de acercarse al ideal de ética social.

Si todo dependiese de virtudes individuales y no de factores sociales, hemos de notar que en Bizancio hubo santos y justos varones como en cualquier otra parte, por lo que no se explicaría su caída por falta de ellos.

Según la ideología bizantina respecto a la esclavitud, no había más que alimentar bien y no maltratar a los esclavos, siendo libre cada señor de proceder con ellos según los dictados de su conciencia. Pero a nadie se le ocurría, ni siquiera al autócrata supremo de aquellos romanos que los buenos sentimientos y la opulencia de determinado señor bien poco aliviaban a los infelices esclavos del vecino cruel y avaro, en tanto que la abolición de la esclavitud simple-

## COLABORACIÓN

mente por decreto habria acercado notablemente el estado terrenal al Reino de Dios donde no hay esclavos ni señores.

Sin embargo, los ejemplos individuales de perversión y crueldad por numerosos que habian sido no fueron, en sí, los causantes de la caída de Bizancio. En cambio, comprenderemos la razón de su decadencia notando la siguiente circunstancia en extremo significativa: En el transcurso de toda su historia (es decir, desde la separación definitiva del mundo cristiano oriental del occidental y sin discutir si este alejamiento pertenece al siglo XI o al IX) no hubo en Bizancio ni una sola manifestación de carácter público, ni una sola ley, ni un decreto, ninguna medida conducente a mejorar moralmente las relaciones sociales, como ningún impulso de justicia política.

En una palabra, no encontramos ni las mínimas señales de espiritualidad superior digna de encauzar la historia universal.

Admitamos que la licencia, la crueldad y los desafueros de unos se equilibraban con la castidad, con los rezos y obras piadosas de otros, mas la general indiferencia hacia el progreso histórico del bien no tuvo en Bizancio compensación alguna.

Los sucesores directos de los césares romanos olvidaron que habian de ser representantes de la voluntad de Dios en la Tierra.

En lugar de elevar a cristiana dignidad el Imperio pagano que habian heredado, redujeron un estado cristiano a la condición de autocracia deprimente de espíritu eminentemente pagano.

Prefirieron dar rienda suelta a la arbitrariedad personal en lugar de someterse al poder de la conciencia. Se llamaron autócratas, pero fueron, al igual de los emperadores paganos, meros representantes de la masa popular y de sus fuerzas armadas.

Incapaz de cumplir su cometido de reino cristiano, Bizancio perdió su razón de ser fundamental, ya que los asuntos corrientes propios del gobierno los hubiese llevado perfectamente y hasta mucho mejor la administración del Sultán turco que, siendo exenta de internas contradicciones, era más justa, más sólida, no se inmiscuía en la esfera religiosa de los cristianos, no inventaba sospechosos dogmas ni peligrosas herejías y no defendía la Fe a fuerza de matanzas.

Tras muchas dilaciones y larga lucha con la descomposición material, el imperio Bizantino desde tiempo fenecido moralmente, por fin desapareció definitivamente de la escena histórica precisamente al iniciarse el renacimiento occidental.

Aunque los contemporáneos de esta catástrofe no logran explicarse bien a qué causa atribuirle, sin embargo observaron otra coincidencia notable. Los turcos acabaron con el imperio de Constantino en el preciso momento cuando en la Europa oriental se alzaba un nuevo actor histórico capaz de implantar un Estado Cristiano, habiendo fracasado Bizancio en su cometido.

La rama eslavo-finlandesa, fecundada por la germánica, desde los albores de su vida histórica demostró la superioridad de su conciencia político-religiosa respecto a la bizantina.

El primer principe cristiano de Kiev quien, siendo pagano se entregara por entero a sus naturales inclinaciones, habiendo recibido el bautismo comprendió al momento aquella sencilla verdad que jamás supieron alcanzar los emperadores bizantinos, incluyendo Constantino el Grande, ni los obispos griegos y ni siquiera los que fueron enviados a Kiev para instruir a los novicios cristianos. El comprendió que la nueva Fe obligaba, «obligaba» precisamente a cambiar el modo de vivir, tanto en lo particular como en lo social, y que esto habia de ser de conformidad con la religión que se abrazaba.

Lo comprendió hasta en extremos que no hubiese admitido ningún bizantino, por ejemplo, al juzgar incompatible con el espíritu cristiano la pena capital, aun tratándose de los peores criminales.

Comprendió que privar de vida a gentes inermes y, por tanto, inofensivas, para castigar sus faltas pasadas, es un proceder vengativo impropio de la justicia cristiana.

Resulta interesante notar que al expresarse así no le movia ningún sentimiento de natural compasión, sino la conciencia directa de sus obligaciones de cristiano. Al

replicar a los emisarios bizantinos que instaban para que ajusticiase a los culpables, no decía «me dan pena», sino «temo pecar». Contrariamente a sus instructores pseudo-cristianos temia más el pecado que a los criminales. Y no fué culpa suya si en otra ocasión tuvo que someter los dictados de su conciencia a una autoridad que hubo que reconocer, aun a expensas de la que corresponde a un rey cristiano.

Encontrando injusta la pena de muerte, el principe Vladimiro asimismo desaprobaba la guerra entre cristianos y conservaba sus mesnadas sólo para rechazar a las hostiles tribus bárbaras que de vez en vez invadían sus dominios y que no entendían otros argumentos que los de las armas.

Supeditando la política exterior a un espíritu pacifista, Vladimiro fué cristiano en el orden interior no solamente desde el punto de vista por decirlo así negativo (como al negarse a ajusticiar a los bandidos), pero también positivamente, siendo en extremo caritativo según testimonian sus continuas preocupaciones por el bienestar de los menesterosos de Kiev y de otros lugares.

\* \* \*

Al morir Vladimiro no desapareció en Rusia la conciencia cristiana. Cien años después su bisnieto Vladimiro Monomáj gobernó guiándose por los mismos principios. Pero el ejemplo de Monomáj nos demuestra, sin embargo, que la instauración de un régimen moral en el mundo o tan sólo en una nación, además de la recta conciencia y buena voluntad personal, requiere también complejas condiciones históricopolíticas que sólo se producen paulatinamente.

Vladimiro Monomáj, a pesar de animarle el mismo espíritu cristianísimo que a su bisabuelo y también juzgando inadmisibles matar criminales a sangre fría, sin embargo pasó gran parte de su vida montado a caballo, combatiendo a las tribus bárbaras, defendiendo su pueblo contra la rapacidad de los nómadas o bien pacificando a principes rusos sublevados.

Un pueblo, en su significado histórico, para poder cumplir su cometido de organizarse en forma de estado cristiano y contribuir así al perfeccionamiento universal, ante todo ha de «subsistir» como nación.

Las enseñanzas que nos dejara Vladimiro Monomáj, así como la epopeya conocida por «La legión de Igor» nos dicen que entonces las circunstancias eran tales que resultaba seriamente comprometida no solamente la integridad, sino la existencia misma del pueblo ruso. Y no era vano temor, pues abundaban ejemplos de pueblos desaparecidos a causa de incompleta o deficiente formación política.

Y no habia hombre de sano juicio y buena voluntad que no supiese qué necesitaba Rusia.

La Divina Gracia habia iluminado el alma oscura del pueblo y mantenianse vividas la piedad y la devoción salvaguardadas por dignos adalides.

El cristianismo daba frutos particularmente para muchos, pero la nación, en su conjunto, se desintegraba debido a las luchas fratricidas que la entregaban indefensa a sus enemigos bárbaros que sembraban por doquier la desolación. Evidentemente se imponía afianzar la soberanía nacional, unificando sus componentes, es decir creando un estado poderoso.

Así lo presintieron Yuri de Susdal y Andrei Bogoliubsky, sucesores inmediatos de Monomáj y la invasión mongólica se encargó de demostrar cuán fundados eran estos temores.

Y puesto que la causa obvia del desastre habia sido la multiplicidad de gobernantes y el desacuerdo entre los mismos, brotó del pueblo mismo la idea salvadora de unificación.

En virtud de la homogeneidad de la población rural y de la inexistencia de agrupaciones específicas (feudales, urbanas y eclesiásticas) en Rusia difícilmente podía desarrollarse el concepto occidental de Estado (Status), entendido como equilibrio de elementos.

El término mismo de «gosudar» (primitivamente «gospodar») indica señorío; no es, pues, la idea de un equilibrio social lo que apareció entonces en Rusia, sino la de autocracia.

Por más que digan nuestros modernos historiadores refiriéndose a los antiguos gobiernos «populares» en Rusia, estos «gobiernos populares» se definían ellos mismos en forma muy distinta.

«Gospodín Gran Nóvgorod» (Gran Señor Nóvgorod) decían los de esta ciudad, personificando así su soberanía. Pero este «monarca» aunque contendiese con el de Moscú, nunca se pronunciaba contra el principio monárquico en sí.

Es evidente que la lucha de Riazán o de Tver con Moscú fué tan sólo rivalidad natural para apoderarse del poder supremo, pero nunca reacción contra el principio totalitarista.

Las rencillas regionales no eran populares porque el pueblo había descubierto ya desde tiempo la superioridad indiscutible de los príncipes moscovitas.

Por otra parte, la autoridad eclesiástica representada por tan distinguidos jerarcas como San Alejo o por monjes como San Sergio, afianzó definitivamente a los príncipes moscovitas, a quienes apoyaban como auténticos soberanos cristianos y fueron ellos los que tuvieron la sucesión histórica de la Roma Oriental al subir al trono Iván III.

Sin embargo, pronto se vió que tal sucesión histórica no solamente era un galardón, sino que, y sobre todo, constituía una gran prueba.

Iván el Terrible debe considerarse el primer detentor de la verdadera soberanía rusa.

Pertenece a Iván el Terrible una de las definiciones más completas y acertadas del concepto de monarquía cristiana: «Se rige la Tierra por la Divina Misericordia, por la bondad de la Virgen, por las plegarias de todos los Santos, por la bendición de nuestros padres y mediante soberanos, más no por jueces ni voivodas».

La fórmula es impecable y no hay modo de expresar mejor la idea del reino de Dios en la Tierra.

No obstante, este enunciado perfecto adquiere trágico significado cuando evocamos la personalidad de quien lo formulara.

¡Notable es la historia de Rusia por su contenido profundo!

La literatura rusa ha enjuiciado a Iván el Terrible desde los más encontrados puntos de vista y fueron sinceras las más o menos acertadas críticas que mereciera. Sin embargo, no se le sometió al juicio supremo que señalan las Santas Escrituras: «Por lo que hagas se te perdonará y por lo que hagas se te condenará». Este juicio, además de recto, es interesantísimo en el caso que nos ocupa, ya que

al confrontar los dichos con los hechos, la personalidad de Iván el Terrible si bien nos ofrece, por una parte, no pocas enseñanzas, por la otra es personificación del mal.

La fórmula de Iván el Terrible tiene parte positiva y otra negativa, ya que indica quiénes *no* han de mandar (en el sentido de soberanía) y quiénes son los destinados a gobernar de acuerdo con la idea de estado cristiano.

Los jueces y voivodas no están llamados a regir; bien dicho está y es observación negativa colocada acertadamente al final del enunciado porque es de secundario significado. No constituye rasgo característico el hecho de que la soberanía del monarca cristiano no tenga límites inferiores, ya que también es propio de los autócratas paganos. Con toda su importancia en relación con otras afirmaciones, esta característica negativa por sí sola no determina cualitativamente lo esencial de un gobierno, pudiendo aplicarse a estados tanto cristianos como paganos.

Todo el significado de la frase recae, pues, sobre la primera parte. De la expresión «mediante soberanos» se deduce claramente que el poder del monarca se considera únicamente representativo, de carácter religioso y moral bien definido y condicionado por la intervención de Dios, de la Virgen, de los santos y de los padres.

De este modo el reinado de Iván el Terrible, en la época cuando se determinó claramente su carácter, no es meramente una sucesión de horrores, sino que tiene significado más profundo: el de la abjuración por él mismo de la fórmula que enunciara y su oposición al poder supremo que antes reconociera. La misericordia divina y la bondad de la Santísima Virgen no podían autorizarle a exterminar a tantos miles de personas inocentes; él y Rusia entera sabían perfectamente que con aquellas matanzas no obraba de acuerdo con la misericordia de Dios y que por lo mismo estaba en franca rebeldía ante el poder supremo que le había delegado para que rigiese la nación.

Es obvio que ni las «plegarias de todos los santos» le autorizaron a matar al metropolitano (mitropolitá) Filipo, ni la «bendición paterna» le fué otorgada para que asesinase a su hijo.

El reinado de Iván el Terrible fué la repetición de la misma contradicción que determinara la caída de Bizancio: fué la contradicción entre la verdad enunciada y el modo de obrar.

(Continuará)

## Del cetro real al cetro de la industria

### El cetro de la industria

«Cuando Turín abdicó su capitalidad, cuando dejó de ser sede de reyes, lo fué para empuñar otro cetro: el de la industria», me decía con legítimo orgullo mi amigo, el Ingeniero.

Delante de nosotros, en la penumbra del anochecer, se levantaba, imponente, la gran mole: la factoría de Lingotto. De ella salían, diariamente, más de trescientas unidades automóviles, destinadas a los mercados del mundo... Mas la fábrica era ya pequeña. Había sonado la hora de su desguace. Surgía, unos kilómetros al sur, otra nueva, cuyo solo cuerpo central había de medir un cuadrado de un kilómetro de lado.

### Augusta taurinorum

A decir verdad, este cetro es compartido con la otra capital norteña, el cerebro de Italia: con Milán, cuyo ímpetu lombardo tradicional la coloca como «leader» en la mayor parte de actividades peninsulares. Pero Turín posee, en cambio, algunos aspectos que le otorgan superioridad, sobre todo dada la índole que hoy revisten estos gigantes factores que llamamos industria y economía.

Culmina entre éstos la tendencia piemontesa a la centralización. El milanés, dotado sin duda de mayor espíritu de personal iniciativa, es más emprendedor e independiente. Por ello es que el «ímpetu lombardo», en definitiva, prima en Italia. Pero hoy estamos bajo el signo de las grandes concentraciones. Y la misma tradición, regia, eminentemente señorial, que informa necesariamente —en

egregio atavismo— una ciudad como Turín, que fué Corte durante mil años, al otorgar a su sociedad un instinto de jerarquía innato, conduce a buscar en las manifestaciones industriales uno como sucedáneo moral de otras pasadas grandezas. La producción piemontesa es, en este aspecto, algo así como una manifestación, modernizada, de la ingénita aristocracia del gran pueblo subalpino.

«La tierra es dura para el piemontés», comenta Hugo Wast, cuando nos describe al pequeño de los Becchi, pies desnudos, camino de la escuela..., por ello a la vieja prestancia tradicional se une hoy la que otorga la conciencia del triunfo del propio trabajo. «Augusta Taurinorum.» En los modernos edificios públicos admirase, a menudo, el viejo símbolo de la ciudad romana: el toro, potente, impetuoso a la vez, y lento también.

Y común es observar, debajo del toro, sucesor de pinturas y de bajorrelieves que en otras épocas se encomendaban a afamados artistas, el mejor motivo ornamental que cuadra a nuestra época: el cuadro estadístico de la producción regional, para darse cuenta de la moderna fisonomía —el moderno «volto»— que los fetiches de hoy, las máquinas, han impreso.

### Va passaggiera in Fiume...

Cerca de 15.000 millones de kilowatios hora era la producción de electricidad de la Italia de anteguerra, superada tan sólo, en Europa, por Alemania, Francia y Gran Bretaña. «Hurgad un poco cerca de los modernos inventos, y pronto encontraréis, dentro de ellos, al italiano»,

Por falta de espacio no pudimos publicar este artículo en el número anterior, para el cual estaba escrito

## COLABORACIÓN

reza el proverbio. En ninguna parte es esto tan exacto como en cuanto se refiere al maravilloso reino de esta moderna hada, consubstancial ya con nuestra vida toda, que llamamos electricidad. Y ningún país con tanto derecho puede sentirse orgulloso de sus avances como el itálico, cuyos hijos han sido técnicos tan preclaros en el trascendental ramo. «El nuestro gran Marcon.» Así acababan unas estrofas, jocosas y cariñosas que a Marconi dedicaba, en la intimidad, hace poco más de cinco lustros, el Arzobispo de Milán Aquiles Ratti, más tarde Su Santidad Pío XI. «El nuestro gran Marcon.» Y Volta, y Galvani, y Stassano, y una pléyade inmensa... no es de extrañar, por tanto, que las aguas, un tanto irregulares de los torrentes peninsulares, hayan sido avaramente captadas, y que, pese a su relativa pobreza, la «hulla blanca» haya florecido a lo largo de Alpes y Apeninos...

Gran parte, quizá una tercera, de la energía captada por la caída de las cascadas espumeantes, lo es en el Piamonte. Cabecera del «rey de los ríos», del Po, antiguo Eridano, ve fluir su Dora Baltea, su Dora Riparia y tantas otras grandes corrientes, que, alocadas, se despeñan de las alturas donde los niveles glaciares las alimentan... Es el aprovechamiento humano, legítimo progreso, del ciclo maravilloso del agua, factor destinado por la Providencia para el servicio del hombre en esta pobre tierra, el ciclo del agua del mar, de la nube, de la lluvia, de la fuente, del río... el ciclo que adivinaba Ovidio y del que Metastasio se hacía eco

*L'onda dal mar divisa            Va prigionera in fonte:  
Bagna la valle, e il monte:    Mormora sempre e geme  
Va passeggera in fiume        Finchè non torna al mar...*

Símbolo, en definitiva, la naturaleza, de las cosas humanas, plasmadas en este lloro y en esta inquietud de la fuente, que ayer quería fertilizar los verdes prados, y hoy nos da sus kilowatios... símbolo, su curso, del otro, superior, del de la humana vida

*Al mar dov'ella nacque,        Dove da i lunghi errore  
Dove acquistó gli umori,    Spera di riposar.*

### El automóvil papal y los bombarderos japoneses

Antes nos hemos referido a la industria del automóvil. Otra manifestación, típica, indispensable, de la vida moderna. Como dice muy bien Du Plessis, hoy, las condiciones son tales, que el propio Papa debe tener su «budget», y la energía eléctrica y el automóvil son elementos necesarios no solamente para el apostolado, sino para el propio culto. Los kilowatios iluminan alegremente las viejas naves góticas, y el automóvil conduce al Señor Sacramentado, como el avión acorta las distancias del sacerdote en el Canadá... Y he aquí que, en Turín, patria de santos, centro hoy mundial de peregrinación por varios sentidos, técnicos católicos, hijos fieles de la Iglesia —dejando aparte la historia—, son inclitos ingenieros cuyo progreso trasciende las fronteras. El motor torinés ha sido, preferentemente, el motor empleado, bien que para fines bélicos y que han abocado al drama actual de Oriente, por el japonés, discípulo de la técnica europea; por desgracia, sólo de la técnica, no de sus misioneros, humanamente escasos en número y en medios, y entorpecidos largamente en su labor de continuación de la que inició su Padre Javier.

Durante largas décadas el motor torinés puede afirmarse ha sido, en muchos sentidos, símbolo del poderoso toro, y ha ostentado su primacía gallarda. Quizá símbolo también de esta predestinación piamontesa a servir de motor para toda suerte de causas... Fué Turín motor, para el bien y para el mal, de la moderna Italia. Sus motores, a su vez, han movido el coche del Papa, pero también los aviones japoneses cuando éstos bombardearon las reliquias españolas y cristianas de Manila...

### El túnel del Cenis

Hace cincuenta años el vizconde de Chardonnnet obtenía delgados hilos, manipulando la celulosa, cuyas propiedades los acercaban a los de la preciada seda. Hoy, la producción de este sustituto es tan grande, que no sólo la ha sobrepasado en cantidad infinitamente, sino que puede afirmarse que casi se acerca, en cifras absolutas, a

la mitad de la producción mundial del algodón, con la que asimismo sabe competir.

No ya en cifras por habitante, sino en cifras totales, Italia ocupaba el tercer lugar del mundo, antes de la guerra, con una producción de más de cincuenta y tres mil toneladas métricas en rayón y ochenta y seis mil en otras fibras artificiales, sobrepasando, incluso, a los Estados Unidos. Y de esta ingente producción puede afirmarse que, cerca de la mitad, era producida en el Piamonte. Nosotros, hijos de una región como la catalana, eminentemente textil, no podemos menos que ser sensibles a una producción que acerca nuestras dos regiones en una mancomunidad de actividades. En la corona industrial piamontesa campea la flor del tejido, inseparable del hombre.

No hemos de alargarnos más en las presentes líneas, ya que no se trata ahora de describir aquí la capacidad industrial de una región conspicua, sino de advertir en ella la significación que reviste. Y al hacer esta manifestación y no alargarnos ya más adrede en la descripción de tantas otras actividades, queremos señalar una por su trascendencia y que aquí en España nos es menos conocida. Nos referimos a la prensa.

Más allá de los Alpes es notoriamente famosa la prensa milanesa, así como la romana. No tanto la torinesa. Mas, fronteras adentro, no es así. Falta, quizá, del vigor de la primera y de la intención de la segunda, la tercera no reviste menos prestigio por su perfecta información y grande vuelo. En este aspecto, el pensamiento de la que fué sede de la monarquía sabauda, origen de Italia, sigue pesando, desde el Cenis al remolino de Scilla. Y este mismo Cenis —el Cenisio de los poetas—, primer agujero abierto a los caminos de hierro en la Europa, partera de progreso en el ochocientos, sigue siendo camino de unión con la Europa occidental, es decir, con el Occidente todo; túnel, por lo tanto, no sólo de locomotoras electrificadas, sino de ideas. Más aún, sin duda, que lo que representa el Gothardo para Milán y para la «Mittel-Europa». Por ello el monumento romántico elevado a los Ingenieros italianos que perforaron el famoso túnel —conocido allí por el Fréjus—, reviste no menos significación que aquel del parque Valentino, dedicado al joven Víctor Manuel, cuando su caballo se desboca en la rota de Novara. Uno y otro significan mucho: en definitiva, en ambos, al fin y al cabo, existe el germen de aquellos motores que lo mismo mueven el coche apostólico del Padre común, que los cazas orientales en su labor homicida.

### El futuro piamontés

Salvada, en lo esencial, de las bombas británicas la industria del bello país que riegan el Eridano y sus afluentes, mejor, quizá, que las simétricas y señoriales perspectivas de la urbana Turín, queda flotando el interrogante. ¿Cuál será el futuro de la que fué aristócrata de la sangre, para ser hoy aristócrata de la máquina y del progreso?

Mil años han señalado la órbita predestinada de Turín, cuya política y cuya historia tuvieron la finalidad, torcida, es cierto, más bien que recta, de dar a luz la realidad de la moderna Italia. Cincuenta años son pocos —aun cuando hoy el tiempo corra cien veces más aprisa que antes— para levantar el arcano de la posible predestinación que, una ciudad llena de interrogantes como ésta, puede incubar dentro de las completamente inéditas y distintas condiciones de vida que constituyen el meollo de los tiempos modernos.

Hoy, las modernas factorías ocupan más el tiempo de los hombres que Superga, glorioso recuerdo, panteón conspicuo y, sobre todo, piadosa manifestación de un voto de religiosidad. Y, desde luego, lo ocupan más aún que el ruinoso recuerdo anticristiano y de enorme profundidad sectaria que determinó la construcción del enorme mamotreto, la torre Antonelliana, que, precisamente por una fatalidad, en gracia a su mal gusto, las bombas aéreas habrán respetado, para encarnizarse en bellezas mejores.

Mas Turín sigue, centro de su inmenso anfiteatro que coronan los Alpes, ricos en hulla blanca, y sus fábricas, templos del trabajo, con sus chimeneas humeantes. Y no en vano ha sido y es, y será probablemente, piedra de contradicción, que en la majestad de la Historia ha tenido y tiene un papel asignado.

L. Creus

# FILOSOFANDO

Filosofar es tanto como meditar o discurrir acerca de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas.

Ciencia de la vida que a decir verdad es un placer, un ansia natural del espíritu, que nos acerca al mundo en que vivimos y nos ayuda a compenetrarnos de él. La filosofía nutre el espíritu y fomenta el desarrollo de la inteligencia.

Puede que por eso sintamos ese impulso natural que nos mueve a filosofar sobre las cosas y hechos que vemos y vivimos. Por profano debo alejarme del terreno de la filosofía pura, y limitarme a tratar de esbozar algunas ideas en dos aspectos de la filosofía aplicada: Filosofía política y filosofía de la historia.

Filosofar en política es casi la ciencia de las paradojas. Particularmente en los tiempos presentes, puede que por presentes nos lo parezca más, no se consigue llegar pensando sino a la continua contradicción. Se hace ingrato pensar y discurrir cuando tan divorciada anda la lógica de los hechos, pero aunque sólo sea para evidenciar esas contradicciones, vamos a meditar un poco sobre acontecimientos de la vida mundial.

Aclaremos previamente que las contradicciones a que nos referimos son sólo externas o aparentes, pues precisamente estimamos que, en el fondo, no son tales, obedeciendo a razones perfectamente definidas, lo que, en definitiva, nos proponemos hacer resaltar.

## PANORAMA MUNDIAL

Oficialmente cesó la guerra y estamos en paz. Al concepto de paz nada obsta, al parecer, que se esté luchando en Grecia, Persia, Palestina, India, China, por ahora. Guerras cruentas o incruentas, pero al fin y al cabo guerras.

Una gran parte de los llamados pueblos liberados, de esos pueblos que con su «liberación» parecía habían de recibir la deseada paz y libertad, no tienen sino lucha y tiranía. Deportaciones, encarcelamientos, asesinatos y despojos, son los dones que a muchos de ellos les ha proporcionado determinada fuerza «liberadora».

Con gran acierto dice el notable periodista mejicano Alfonso Junco, en el diario «Novedades» de México:

«Las aberraciones capitales de esta guerra y su postguerra giran en torno de la URSS y del temor a su poderio.»

No se necesita agudizar mucho la imaginación para apercibirse de que actualmente la continua fuente de fricciones y conflictos procede del citado país.

Aspectos destacados e interesantes de esta filosofía política son los siguientes:

## POLONIA

Por la paz de Polonia empezó la guerra. Hitler amenazó esa paz y contra él se dirigió la beligerancia de las potencias. Buena o mala, aquél tenía una excusa en la necesidad de unir las separadas partes de Prusia.

Stalin, confabulado con Hitler, atacó también a Polonia. Lo hizo cuando ya estaba prácticamente deshecha por el otro ataque, cuando agotada restaba inerme; alevosamente, por la espalda, de manera imprevista y sin sombra de pretexto. En premio a su fechoría los soviets retuvieron para sí la mitad del territorio polaco. El asalto ruso es sin duda más nefando que el ataque de Hitler y, sin embargo:

¿Por qué se le declaró la guerra a Alemania por dicho motivo y no se le declaró a Rusia? El pacto que obligaba a las potencias occidentales a hacerlo era el mismo; no obstante, aquélla mereció la lucha hasta el exterminio y ésta la alianza, felicitaciones y valiosas recompensas.

Por la paz de Polonia empezó la guerra. Terminó ésta y Polonia tiene menos paz y menos libertad que nunca. Por millares los patriotas polacos van desapareciendo en las dos únicas alternativas: Siberia o la tumba. Los que pueden resisten, luchan y se defienden en guerrillas, que más que otra cosa son núcleos armados para la mutua defensa contra el tiránico ocupante.

Y si de libertad se trata, no tenemos sino remitirnos a los datos y referencias publicadas de las últimas elecciones de esas «elecciones libres» al estilo ruso. Ese matemático sufragio universal en que la cantidad de votantes y el porcentaje de votos a favor del partido apoyado por Rusia, es siempre constante en todos los países.

La católica y gloriosa Polonia, que debía ser liberada por los aliados, yace vencida, deshecha, aplastada y afrentada por uno de esos aliados. El primer tiro disparado por Hitler provocó la inmediata declaración de guerra; el aniquilamiento y despojo rusos, no permite más que alguna que otra protesta periodística y formularias alegaciones diplomáticas.

Comprendiendo todo el inmenso dolor de esa Polonia, inicua y sojuzgada, queremos hacerle la justicia de distinguir entre la nación auténtica, que es la que hoy sufre y se halla privada de manifestarse, y la oficial y aparente; sabemos que es sólo a esta segunda a la que puede pertenecer un cualquiera llamado Oscar Lange, capaz de pretender ensuciar el sagrado nombre de España, y proponer que se nombren esos Subcomités, que periódicamente padecemos y que sin duda repetirán, en fecha próxima, los que desde fuera de España dicen averiguar lo que acontece dentro. Más les valdría empezar su indagación por la propia Polonia, donde no falta materia.

## FINLANDIA

En el año 1939 este país sufrió el ataque de las fuerzas soviéticas. Con gran valor y tenacidad se opuso al coloso, veinte veces mayor, que sin justificación alguna trató de dominarle. Rusia representó su papel de insuficiencia, y todos creyeron que era menor su potencia de lo que se suponía.

Finlandia mereció justamente el ser proclamada por todos heroica y mártir. En los pueblos anglosajones, fueron innumerables las muestras de afecto y adhesión para con ella. El entremés bélico terminó con mutilaciones que honrosamente hubo de aceptar.

Poco después siguió peleando *por los mismísimos motivos*. Mas la segunda vez deja de ser heroica y mártir para merecer reproches y agravios. Eran los mismos combatientes y eran las mismas causas; pero como aceptara la ayuda del enemigo común, nada contaban ya las razones nacionales de su actitud.

La primera vez, Finlandia era heroica y mártir; Rusia representa el salvajismo asiático, cruel y egoísta, abatiéndose sobre la débil y civilizada nación. La segunda, Finlandia es indigna y comete un crimen de guerra, mientras que Rusia era la heroica aliada, campeona de la civilización y la «democracia». Los mismos que, con razón, reprobaron la agresión soviética inicial, luego la glorificaron haciendo elogios y promesas de amistad. ¿Cómo explicar esa contradicción?

## ALEMANIA

Alemania es el nudo gordiano de este complejo laberinto de ideas. Precisamente, como corresponde a esa preponderancia, es donde de manera más manifiesta se muestra la realidad de la idea, que al principio citábamos, de que los errores principales giran en torno a la URSS.

Dentro de unos días se iniciará en Moscú la conferencia de Ministros para discutir sobre el tratado de paz con Alemania, o, dicho con más propiedad, puesto que tratado implica una bilateralidad, en este caso inexistente, de la fórmula o estatuto que se haya de imponer a la comunidad germánica.

Salvo variación de aquí a entonces, la situación sigue siendo tan paradójica como en los casos anteriores.

Al comenzar la guerra había un grupo de potencias que eran las que se consideraron obligadas a declarar la guerra a Alemania en virtud de los pactos que tenían contraídos; eran lo que pudiéramos llamar sus enemigos iniciales y



justificados. Otra potencia, Rusia, no sólo no tenía agravio pendiente con Alemania, sino que llega a establecer con ella el vínculo más estrecho que se concibe en las relaciones internacionales: la alianza militar. Es tan sólo al cabo de mucho tiempo, cuando surge el cambio y pasa de amiga a enemiga. Pese a ello, a la hora del triunfo, la que postremente concurrió al esfuerzo común, tras de haber prestado su apoyo en contra de las otras por más de un año, es la que ostenta más derechos, facultades y privilegios.

El problema capital de Europa y, por consiguiente, del mundo es Alemania y el destino que se deba dar a los 80.000.000 de alemanes. La cuestión esencial de todo arreglo europeo es la resolución del problema alemán. Casi dos años han pasado desde que cesaron las hostilidades, desde aquella victoriosa entrada en Berlín que, cual simbólico presagio, la realizaron primeramente sólo las fuerzas soviéticas; y todavía la solución no ha logrado salir del estado de confusa nebulosa. Aún en estos momentos, creemos que las llamadas potencias occidentales no tienen una idea clara del futuro alemán. En cambio, como vamos a ver, Rusia en todo momento sabe a donde va y lo que se propone a este respecto.

#### RUSIA Y ALEMANIA

La trascendencia de esta última afirmación nos obliga a analizar más detenidamente su contenido.

No cabe expresión más fácil que la de hablar del «enigma soviético», y, sin embargo, no hay tal. La actitud de Rusia respecto a Alemania es de una gran claridad. En ella no existe ninguna improvisación ni adaptación a las circunstancias, muy al contrario, todo viene previsto desde hace años.

Ya antes de acabarse la última contienda, el especialista en cuestiones soviéticas, profesor David Dallin, en libro aparecido en 1943, sobre la URSS y la Europa de la postguerra, decía:

«La política de la URSS, después de la derrota del hitlerismo, será contribuir a que Alemania se mantenga como una potencia europea. Ese estado es indispensable para los fines de la política rusa.»

Así puede apreciarse, en efecto, a la vista de los acontecimientos. Rusia desea una república alemana soviética, aunque de momento se llamase socialista, que habría de constituir la pieza maestra de su concepción de la Europa futura. Por eso, mientras Churchill y Roosevelt, durante la guerra, hablaban de la destrucción del pueblo alemán y su desaparición como comunidad política, los Soviets daban los primeros pasos en el camino del acercamiento. Nada menos que en febrero de 1942, cuando tan difícil era

la situación para el pueblo ruso como consecuencia de los avances germanos, Stalin dijo en público discurso:

«Sería ridículo identificar a la camarilla de Hitler con el pueblo alemán y el Estado alemán. La Historia demuestra que los Hitlers aparecen y desaparecen mientras que perduran el pueblo y el Estado alemanes.»

Con esta distinción trascendental abre camino para ulteriores inteligencias al anunciar que la actuación del primero no alcanzaría necesariamente a los segundos. Una esperanza que nunca recibieron los alemanes de los aliados occidentales.

Concorde con el anterior es el párrafo de la Orden del Día, aparecida por la misma fecha, en la que el dictador ruso decía:

«A veces la prensa extranjera difunde la especie de que el Ejército Rojo se propone el exterminio del pueblo alemán y la destrucción del Estado alemán. Esto es una mentira estúpida y una calumnia incalificable contra el Ejército Rojo. El Ejército Rojo no tiene ni puede tener una finalidad tan idiota.»

Si la tuvo o la dejó de tener, la historia lo dirá; pero el hecho cierto es que de manera oficial y ostentosa se adoptó esa posición, opuesta a la de los otros aliados, preparando el terreno para futuras actuaciones.

Concluida la guerra, éstas no se han hecho esperar. A coro andan proponiendo divisiones, anexiones y desmembramientos Francia, Holanda, Bélgica y Checoslovaquia. Quien no puede reclamar territorios por no tener frontera común, pide por lo menos que Alemania se convierta en un rompecabezas de estados.

Entretanto, Rusia ha procedido con menos palabras y con más hechos. En silencio y sin permitir discusión alguna, se ha quedado con cuanto ha querido y le ha conve-nido; ha expoliado a Alemania en los dos tercios de su riqueza fabril y, en no menos proporción, de la agrícola. Una vez asegurado ese botín, ahora, cuando se acerca el momento de las soluciones, más o menos definitivas, entonces empieza a hablar.

A principios de enero, Rusia lanzó la noticia sensacional de su renuncia probable a la cantidad que como indemnización de guerra debiera entregarle Alemania. De sobras la tiene cobrada.

Poco después, con la solemnidad y espectacularidad requeridas para sus fines, dió la orden de cese del desmantelamiento de la industria alemana y su envío a Rusia. Allí ya se hallaba lo mejor y principal; unas cuantas cajas de equipos secundarios, pueden muy bien renunciarse para ese fin psicológico. Así se prepara la sensación de «generosidad» rusa.

A eso hay que añadir la actitud de única y principal propugnadora de una Alemania unida y fuerte, centralizada y con derechos estables. Una Alemania en la que, andando el tiempo, se celebren unas «elecciones libres» en las que el Partido Socialista Unificado, filial y protegido del soviético correspondiente, huelga decir que obtendría el consabido 90 por 100 de los votos.

Decimos única propugnadora por cuanto no podemos computar como elemento aparte a las *monas de imitación* que, como Checoslovaquia por ejemplo, no hacen sino cuanto ven hacer al amo, aunque ello les lleve a la difícilísima posición de tener que defender como menos peligrosa una Alemania potente y unida, que una agrupación de pequeños y debilitados Estados germánicos independientes.

A esa influencia psicológica no le falta el complemento coaccionador de la «razón armada». Fácil es de ver que ni el Gobierno americano ni el inglés piensan en una ocupación muy prolongada. Los datos que se conocen sobre proyectos de tratados son harto elocuentes. Mientras los demás aliados se comprometen a la retirada de sus respectivas fuerzas de ocupación en plazos variables, pero definidos, Rusia recibe una vez más trato de excepción, y, por una u otra *circunstancia especial*, sus tropas tienen la facultad de permanecer por tiempo indefinido. Creemos ciertamente que esa facultad no será desperdiciada.

La URSS procede como si la ocupación fuese a durar una eternidad. Nada hay que indique piense retirar las tropas de su zona de ocupación. Las pocas noticias que de esa zona se tienen revelan cómo la transformación social y económica va tomando auge, con la finalidad de que,

de hecho, constituya una parte o prolongación de la economía soviética; para la consolidación de esa situación «de facto» las fuerzas soviéticas permanecerán todo el tiempo que haga falta.

Dominada psicológica, económica y materialmente Alemania, difícil será que encuentre otra salida distinta de la que Rusia espera y defiende: Una Alemania unida, tanto en lo político y externo como por el común rencor motivado por el trato recibido de los vencedores, para la que la única posibilidad viable sea la soviética.

Así tenemos que, entre tanto EE. UU. y Gran Bretaña hablan de «reeducación» de las masas alemanas, cuidan de la «desnazificación» del pueblo alemán y se preocupan del restablecimiento del «concepto democrático» entre los vencidos; y mientras Francia, cegada por el rencor de su manifiesta inferioridad y de la derrota sufrida, y movida por su característico egoísmo, sólo piensa en lograr seguridades del aniquilamiento del enemigo y en allegar para sí lo más valioso de sus despojos; Rusia es la única que procede con inteligencia y con firmeza, con una idea perfectamente definida en cuanto a la manera de lograr sus objetivos y un plan ordenado que le conduzca a ellos.

¿Por qué esa desunión y desorientación entre las potencias occidentales, que a sí mismas se llaman cristianas, democráticas y civilizadoras, tratando de organizar la vida de otro país cristiano, frente a la perfecta unidad y concreción del país ateo, despótico y revolucionario?

## RUSIA Y LOS ALIADOS

Cuando la invasión germánica llegó a su período álgido, Rusia necesitaba con desesperación auxilio exterior. Es patente que, de no producirse urgente y ampliamente, no habría podido persistir en la lucha. Ante esa Rusia, angustiada y suplicante, quienes podían darle auxilio estaban en situación de poner condiciones. Podían y debieron imponerlas. Debían haber condicionado su ayuda al compromiso de adoptar aquellas normas de libertad, de respeto a la dignidad de la persona y a la integridad e independencia de los demás Estados, que son esenciales en la convivencia civilizada. Ciertamente no habría respetado luego la URSS el compromiso y que habría hecho igualmente lo adecuado a sus conveniencias, pero ese mismo incumplimiento hubiera sido un tanto a favor de aquéllos y en contra de ésta.

A los aliados les interesaba, de manera inmediata, ayudar a Rusia para derrotar al enemigo común. Por otra parte debieron pensar, puede que lo hicieran puede que no, la inconveniencia de ayudar a aquella odiosa tiranía, que sin duda a la hora del triunfo habría de convertirse, como se ha convertido, por inevitable antagonismo, en su enemigo fundamental. Esto exigía mayormente el condicionamiento y la garantía aludidos.

Mas la paradoja no podía faltar. Por eso se dió la alianza y el auxilio sin contrapartida ni garantía; tal como ha sido más nos parece el cumplimiento de un deber, que la realización de un favor. Rusia recibió 500.000 camiones, más de 20.000 aviones, 12.000 tanques, millones de pares de calzado, ropas, millones de toneladas de alimentos, acero, neumáticos y otras mil cosas cuya enumeración sería extensa. Y, a la postre, los que debían poder exigir los vemos suplicantes, y los que debían cumplir agradecidos, los vemos exigentes.

¿Cómo explicar esta paradoja?

Difícilmente podría hacerse dentro de la lógica. Y al no ser posible respecto de ella, menos lo es en cuanto a las otras que se derivan. No cabe hablen de defensa de Polonia quienes se alian con su apuñalador; ni de democracia a los que se sitúan al lado de su más destacado enemigo. Empezada la guerra por causa de Polonia y en defensa de la democracia, ¿cómo justificar la nefasta alianza con el peor enemigo de ambas?

Se nos responderá que la colaboración era necesaria para el triunfo. A tal argumento nos sirve de contestación otra frase del citado escritor Alfonso Junco cuando, en el mismo periódico, dice:

«Es absurdo soñar que la teofobia pueda colaborar en la defensa de la civilización cristiana. Y es absurdo que se insista en asegurar la paz por mano del agresor, la libertad por mano del déspota, la propiedad por mano del ladrón y la vida por mano del asesino.»



## RUSIA

¿Qué hace Rusia entre tanto? ¿Qué debemos pensar de Rusia?

Lo que hace Rusia bien a la vista está. Rusia trabaja sin cesar para lograr el plan revolucionario de control mundial. Dentro de ella sigue la tiranía implacable y la preparación ininterrumpida. Fuera de ella, las huelgas en unos sitios, la activa labor de los componentes, raramente numerosos, de sus Embajadas, en otros, las discrepancias de los diversos sectores políticos, la ciega sumisión de los partidos a ella afines, tan ciega que les lleva incluso a afirmar que en caso de conflicto con Rusia se colocarían en contra de su patria y a favor de aquélla, como ha manifestado el partido comunista brasileño, y la lenta y persistente labor demoleadora de los principios básicos del orden cristiano: religión, familia y moral, van preparando el estado de desequilibrio e inquietud propicio para la difusión de sus principios.

En cuanto a lo que debemos pensar de Rusia, ya lo hemos expuesto otras veces en nuestra revista. Rusia no es un problema nacional, ni racial, ni social, ni mucho menos económico. En la actualidad no es sino un instrumento, una forma de manifestación. Lo que se manifiesta en ella es la actuación de las fuerzas del Mal en lucha contra el orden cristiano. El liberalismo que nació de la Revolución francesa, llevado a su grado extremo nos conduce al sovietismo; tan sectario es el uno como el otro, cual expresiones de un mismo fenómeno. Por eso es erróneo localizar exclusivamente el mal en la Unión Soviética; allí se da una manifestación más agudizada, pero no la única; no basta prevenirse contra aquélla, hay que hacerlo contra el total.

No se cieguen por las apariencias los que en su afán de hallar soluciones aceptan como buenas aquéllas. Las fuerzas del Mal son engañosas por esencia; por eso se valen de ardid para suggestionar incautos. No hay evolución en Rusia; su sectarismo, su ateísmo, su ausencia de libertad y su carencia absoluta de respeto para la persona y dignidad humanas es exactamente la misma de siempre.

Aunque veamos a un grupo de jefes del Partido Comunista paraguayo visitar al Arzobispo de Asunción prometiéndole ser respetuosos con la religión, por ejemplo, no por eso hemos de creer que los comunistas cesarán en su odio a ésta, a la Iglesia y al Papado. Buen testimonio de ello son los innumerables datos de Sacerdotes, Obispos y seglares católicos, sacrificados en los territorios dominados por Rusia.

También, con fines de propaganda y captatorios, dijeron conceder plena amnistía, libertad e igualdad de derechos a los rusos blancos. Desdichados los que, voluntaria



o forzosamente, cayeron en sus manos. Hace pocos días el Teniente General Shkuro, el Príncipe Sultan Girei, el Mayor General Atamán Krasnoff y el Mayor General T. I. Romanoff han sido ahorcados, pese a su edad, cual viles delincuentes comunes, por el solo hecho de haber pertenecido al glorioso Ejército ruso blanco.

Otro dato demostrativo de que la revolución no abandona sus métodos nos lo sugiere un reciente accidente de aviación. Es sólo una suposición, pero muy posible. A fines de enero pasado se estrelló, al momento de despegar, el avión en que viajaba el Príncipe Gustavo Adolfo de Suecia. Un motor hizo explosión y uno de los timones estaba agarrado. Treinta segundos tan sólo hacía que ese motor

había sido repasado «cuidadosamente» y todos los mandos se habían dejado expeditos, excepto ese que se olvidó «por azar». Un motor normalmente se para, se incendia, pero no suele explotar. ¿Fue todo casualidad?

Consecuencia del accidente, queda una Monarquía con un Rey nonagenario, un Príncipe heredero de maltrecha salud, ya de antes dispuesto a abdicar al heredar el Trono, y un Príncipe, hijo del fallecido, de menos de un año, para quien en su día se habrá de constituir la «adecuada» Regencia. Unase a eso la vecindad geográfica y sáquense consecuencias.

#### EPILOGO

¿Cuál puede ser el remedio para tal complejidad de problemas y contradicciones? ¿Las «Naciones Unidas»?

Bien se puede ver que ese nuevo intento de organización internacional está fracasado desde su nacimiento. Es sólo una comedia dispuesta para distraer a los espectadores de la tragedia.

Las «Naciones Unidas» quedan reducidas a la voluntad exclusivista de los «tres grandes». En ella los intereses, aspiraciones o inquietudes de las mal llamadas «menores», no cuenta para nada. Y de la unión e inteligencia de esas «grandes» ya dejamos hecha buena referencia. La conferencia de París y las reuniones de la Asamblea de la O. N. U. son ejemplos elocuentes de cómo sólo ellas cuentan y cuáles sean las posibilidades de una pacífica inteligencia entre las mismas.

Mientras el mundo no tenga plena conciencia del alcance del mal, llamado liberalismo, en el que se encuentra sumido, y de que contra ese mal no cabe otro camino que la tan olvidada y casi despreciada doctrina social de la Iglesia, la solución estable de los problemas será imposible y las contradicciones seguirán su cadena interminable.

En la Historia vemos cómo en todos los grandes acontecimientos ha sido una minoría decidida la que ha dado lugar a ellos. Dios quiera que llegue a existir esa minoría que, densamente empapada de antiliberalismo y doctrina cristiana, pueda algún día constituir el principio de la evolución que nos saque del caos presente.

FERNANDO SERRANO Y MISAS.

## OBRAS RECIBIDAS EN LA REDACCIÓN (1)

- M. THOMAS AQUINAS CARROL. — *The Venerable Be: His Spiritual Teachings*. «The Catholic University of America Press», Washington, D. C. 1946.
- JUAN ANTONIO ZARATIEGUI. — *Zumalacárregui*. «Escelicer, S. L.», San Sebastián 1946.
- EGON RANSHOFEN-WERTHEIMER. — *Más allá de la Victoria*. Ed. «Claridad» 1944.
- PEDRO BLANCO TRÍAS, S. J. — *Catálogo de los documentos y manuscritos pertenecientes a la antigua Provincia de Aragón, de la Compañía de Jesús, que se conservan en el Archivo General del Reino de Valencia*. Ed. «To-Do», Valencia 1943.
- SAN CIPRIANO. — *Cartas Selectas*. Ed. «Aspas», Madrid 1946.
- JOSÉ M.<sup>a</sup> BOIX RASPALL. — *Ahorro social*. Ed. «Bosch», Barcelona 1947.
- F. KLIMKE S. J. — *Historia de la Filosofía*. Ed. «Labor, S. A.», Barcelona, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro 1947.
- MIQUEL SAPERAS. — *L'Amor en la Mare de Déu*. Imp. «Altés», Barcelona 1946.
- F. PALAU-RIBES CASAMITJANA. — *Formar y Educar*. Ed. «Políglota», Barcelona 1946.
- FR. ADRIANO SUÁREZ, O. P. — *Levántate y anda*. (Segunda edición). Ed. «Políglota», Barcelona 1946.
- J. ROIG GIRONELLA, S. J. — *Filosofía y vida*. Ed. «Barna», S. A. Barcelona 1946.
- ESQUILO. — *Trilogía de Orestes*. Versión de ANGEL M. CARIBAY K. Ed. «ábside», México 1939.
- IPANDRO ARCAICO. — *Sonetos póstumos*. Ed. «ábside», México 1941.
- JORGE ALDABERTO VÁZQUEZ. — *Parva* (poemas no coleccionados). Ed. «ábside», México 1945.
- GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE. — *Tito Lucrecio Caro y su poema «De Rerum Natura»*. Ed. «ábside», México 1946.
- J. BROWN, S. J., THOMAS McDERMOTT. — *A survey of catholic Literature*. «The Bruce publishing company», Milwaukee 1945.

(1) En esta sección se anunciarán las obras que recibimos, sin comprometernos no obstante a publicar, por falta de espacio, crítica bibliográfica alguna, a no ser en los casos en que la obra se adapte de modo especial a la índole de nuestra obra.

---

---

**Cuevas de  
Artá**

**MALLORCA**

---

---



---

---

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas  
Cuevas de Artá**

---

---

**THE TABLET**

*Semanario católico inglés*



128 Sloane Street

LONDRES S.W.1

# BUENA PRENSA

AGENCIA DE PUBLICACIONES

---

Pida el boletín mensual bibliográfico gratuito

Donceles, 99-A

MÉXICO D.F.

# MISION

SEMENARIO DEL HOGAR

ACTUALIDAD MUNDIAL



Cruz, 1, 1.º

MADRID